

PRIMERA GUERRA CARLISTA: LA EXPEDICIÓN SANZ (14 A 24 DE SEPTIEMBRE DE 1834)

JOSÉ ANTONIO GALLEGO

Universidad Complutense de Madrid

jgallego1833@yahoo.es

RESUMEN: Un elemento característico de la 1ª Guerra Carlista fueron las expediciones a comarcas dominadas por las armas liberales, algunas de las cuales llegaron a alcanzar por diversos motivos merecida notoriedad, otras, por el contrario, pasaron prácticamente desapercibidas incluso para algunos destacados especialistas, mientras que otros se limitaron simplemente a mencionarlas. Una de estas últimas fue la que dirigió el brigadier segoviano Manuel Sanz en el mes de septiembre de 1834, que a pesar de sus importantes objetivos pasaría a la historia por su fracaso ante Villarcayo el día 18 de aquel mes y su triste regreso a Vizcaya, continuamente acosados sus hombres por las tropas cristinas.

PALABRAS CLAVE: Siglo XIX – Primera Guerra carlista – Castilla – carlismo – expediciones carlistas – Manuel Sanz

ABSTRACT: A characteristic element of the first Carlist War, were the expeditions to the dominated regions by the liberal army, some of which ended up gaining well deserved notoriety for different actions, others, on the contrary, pass almost unnoticed even by the leading specialists, while others simply mentioned them. One of the latter, was the one led by the segovian brigadier Manuel Sanz, during the month of September of 1834, which despite its important objectives went down in history for its failure before Villarcayo, on the 18th of the same month and for his sad return to Vizcaya, while his men were continuously harassed by the *cristinas* troops.

KEY WORDS: Nineteenth Century – First Carlist War – Castilla – carlism – carlist expeditions – Manuel Sanz

José Antonio Gallego es funcionario de carrera y estudió Geografía e Historia en la Universidad Complutense de Madrid, dedicándose al estudio del carlismo desde muy pronto, publicando su primer trabajo en esta revista en el año 1992 (nº 20) y el accésit del premio Luis Hernando de Larramendi en el 2001 con su libro El levantamiento carlista de Castilla la Vieja.

INTRODUCCIÓN

Uno de los elementos que caracterizó aquella contienda, la 1ª Guerra Carlista, fue sin duda el de las expediciones, es decir, incursiones en territorio dominado por las armas liberales por fuerzas organizadas en territorio carlista, enviadas con el triple objeto de: primero, aliviar la presión ejercida por las columnas cristinas, sustrayendo de aquellas comarcas las tropas que debían encargarse de perseguirlas; segundo, mitigar con su salida el peso que sobre las provincias fieles, cada vez más esquilgadas, ejercía la presencia de tan numerosos contingentes de tropas y tercero, avivar y reforzar los núcleos leales en aquellos lugares por donde transitaban. Objetivos, que según avanzó la contienda variarían su importancia a la hora de disponer su salida, agregándose incluso uno nuevo, que sería el de intentar fortalecer el prestigio de las armas carlistas ante las potencias extranjeras simpatizantes con la causa de D. Carlos¹. En cualquier caso, también hay que subrayar que esta estrategia tuvo entre la cúpula carlista, ya fuese política o militar, tanto decididos partidarios como pertinaces opositores.

Una de estas expediciones fue la que mandó el brigadier Manuel Sanz y Pecharromán². Ni dos páginas le dedicaría el carlista Melchor Ferrer³, apenas una el isabelino Francisco Javier de Burgos⁴, que incluso desconoce el mando de Sanz, y ni una el liberal Antonio Piralá⁵, a pesar de la extensión de sus trabajos. Román Oyarzun⁶ ni tan siquiera la cree una expedición, sino que la toma por una simple incursión para atacar Villarcayo y también ignora que fuese encabezada por Sanz, mientras que Francisco de Paula Madrazo⁷ que la dedica cuatro líneas, ni mienta a Sanz ni habla del desastre de

1 Tuvieron especial motivación, que ahora no podemos tratar, la llamada Expedición Real, pues la encabezó el mismo D. Carlos y que debía llevarle hasta Madrid y la que como apoyo de ella mandó Juan Antonio Zaratiegui.

2 Segoviano, coronel al morir Fernando VII. Brigadier carlista con antigüedad de 12 de octubre de 1833. Actuó de enlace entre la Junta carlista de Madrid y la de Burgos, pasando a formar parte de la que se llamó Junta Superior Gubernativa de Castilla la Vieja al iniciarse las hostilidades, Junta que reorganizada por D. Carlos en julio de 1834, pasaría a presidir y presidía cuando fue designado para mandar la expedición a Castilla que nos ocupa.

3 Melchor FERRER DALMAU, Domingo TEJERA DE QUESADA y José Francisco ACEDO CASTILLA, *Historia del Tradicionalismo Español*, Sevilla: Trajano, 1943, tomo V, p. 174 a 176).

4 Francisco Javier de BURGOS OLMO (obra póstuma), *Anales del reinado de Isabel II*, Madrid: Establecimiento tipográfico de Mellado, 1850, tomo I, p. 296 a 297.

5 Antonio PIRALA CRIADO, *Historia de la Guerra Civil. Y de los partidos liberal y carlista*, Madrid: Turner / Historia 16, 1984, tomo I, libro II, p. 397 a 398.

6 Román OYARZUN OYARZUN, *Historia del Carlismo*, Madrid: Editora Nacional, 1944, p. 37.

7 Francisco de Paula MADRAZO Y GUTIÉRREZ-SOLANA, *Historia militar y política de Zumalacárregui, y de los sucesos de la guerra de las provincias del Norte, enlazados a su época y a su nombre*, Madrid: Imprenta de la Sociedad de Operarios del mismo Arte, 1844, p. 184.

Villarcayo. Alfonso Bullón de Mendoza⁸, más preocupado por el análisis de los hechos que por la simple acumulación de datos, se limita a mencionarla. Por lo que el que Gabriel Alférez⁹ en su relativamente breve trabajo la recuerde, aunque solamente sea para hablar de la presencia de Sanz ante Villarcayo, es sorprendente.

Sin embargo, existe documentación suficiente como para que aquella expedición hubiera sido estudiada con mayor detalle. Habremos de pensar que no interesó lo bastante pues debe considerarse, sin duda alguna, un fracaso. A nosotros, a pesar de ello, nos parece que tuvo el suficiente interés como para que le dediquemos estas páginas. Atención que creemos merece no evidentemente por su resultado, sino por sus ambiciosos objetivos iniciales que revelan la confianza que se tenía en campo carlista en la fidelidad de otras regiones y la importancia que desde el principio se dio a la expansión de su territorio hacia Castilla¹⁰.

LA VERSIÓN MÁS DIFUNDIDA DE LO SUCEDIDO

Los autores de la *Galería Militar Contemporánea*, que debieron inspirar a Román Oyarzun, la toman por una simple incursión vizcaína contra Villarcayo, pero suyo es el primer texto que vamos a reproducir, precisamente por ser quienes marcaron una de las líneas, la más popular, con las que se interpretó lo sucedido. Decían:

“Asiéntase Villarcayo cerca, muy cerca del nacimiento del Ebro, y ya porque desde este punto fuese fácil dominar las dos orillas haciendo por ella frecuentes correrías, ya por-

8 Alfonso BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, *La Primera Guerra Carlista*, Tesis doctoral presentada en 1991 en el Departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid, p. 409. Al año siguiente fue publicada en Madrid por la editorial Actas, aunque ligeramente abreviada.

9 Gabriel ALFÉREZ CALLEJÓN, *Historia del Carlismo*. Actas. Madrid, 1995, p. 60.

10 Recoge Juan Antonio Zaratiegui la siguiente anécdota: “Al comenzar el año 1835, el Rey N.S. Don Carlos V, habiendo manifestado a Zumalacárregui las grandes ventajas que resultarían a su causa desde el momento que sus armas pudiesen avanzarse hasta Burgos, oído su parecer, le mandó presentar un plan o memoria, con expresión de lo que consideraba indispensable para conducir al ejército a la empresa indicada: Zumalacárregui, apenas se retiró de la presencia del Soberano, hizo sus cálculos, escribió enseguida su memoria, y pocos días después la puso en las Reales manos. Obsérvese bien que todo lo que pedía en ella para ejecutar o llevar a cabo lo que tanto se apetecía y se encomiaba, se limitaba a cuatrocientos mil cartuchos de fusil, y a cien mil duros en metálico, y que esta última cantidad debería ser destinada a satisfacer por espacio de dos meses los sueldos de la tropa, sin necesidad de gravar para esto a los pueblos” [Juan Antonio ZARATIEGUI Y CELIGÜETA, *Vida y hechos de D. Tomás de Zumalacárregui, Duque de la Victoria, Conde de Zumalacárregui y Capitán General del Ejército de S.M. Don Carlos V*, París: Imprenta de Lacour y Comp^a, 1845 (Estudio Preliminar)]. Por supuesto la carencia de medios en el campo carlista impidió aquel avance que podría haber cambiado el curso de la guerra.

que la tal villa por su situación pareciese punto a propósito para servir de apoyo en alguna invasión a las Castilla, ya en fin porque el estar guarnecida por un puñado de urbanos fuese reclamo suficiente al enemigo, ello es que los carlistas intentaron tomarla a viva fuerza el 18 de septiembre.

Como a las seis de la mañana se presentó ante la villa un grueso de carlistas en número de dos mil quinientos a tres mil, dirigido por Cástor, Sopelana, Ibarrolilla y Mazarrasa.

Tan considerables fuerzas para un pueblo abierto y con la escasa guarnición de un pequeño número de urbanos y una no muy fuerte partida del regimiento número 15 de la infantería, fueron sin embargo recibidas con un vivísimo fuego hecho desde las casas, y más principalmente desde la del ayuntamiento que como más fuerte era a propósito para la defensa.

Por dos veces les fue a los isabelinos intimada la rendición, pero como si a estos les acrecentase el valor, la necesidad misma de tenerle en grado heroico, despreciaron desde sus improvisadas y frágiles trincheras las intimaciones y amenazas, confiados de encontrar en la decisión y arrojo el medio bastante para vencer a sus contrarios.

Difícil les pareció por esto a los defensores de D. Carlos el tomar por medio de las armas un pueblo en donde cada casa era un reducto y cada vecino un valiente; y desde luego por vencer una dificultad tan grande excogitaron los carlistas el medio terrible de incendiar la población, y conseguir por las llamas el exterminio, el llanto y la desolación, que por las bayonetas o las balas no lograban.

Treinta casas redujéronse a cenizas, treinta hogares desaparecieron de la villa afecta a los derechos de Isabel; mas así como los edificios desplomábanse cayendo estrepitosamente hechos carbones, el valor de los adictos a la Reina acrecentábase, resonando por todas partes el mágico grito de 'viva Isabel', a la par que entre negras nubes de humo y rojizas pirámides de fuego elevábanse al cielo, no lamentos, sino palabras de entusiasmo por la ventura de la regia niña por quien aquellas infelices familias perdían casa, fortuna y bienestar.

Los esfuerzos de los enemigos de la hija de Fernando fueron inútiles; hierro, fuego, plomo, amenazas, promesas, todo fue en balde; y aunque también a la casa del ayuntamiento le dieron fuego los carlistas logrando que el reloj viniese al suelo, ni aun así cejaron los valientes de la Reina en el propósito de ser antes que vencidos muertos.

Y tan glorioso empeño venció el obstinado y duro embate, pues que las tropas de don Carlos abandonaron su porfiada empresa, retirándose mohínos por no haber tan grueso número de soldados vencido a los escasos defensores de la inhumanamente quemada Villarcayo.

Los carlistas se alejaron de Villarcayo, y como el ruido del combate del que era teatro la malhadada villa llegase prontamente hasta el brigadier Iriarte¹¹, que con los suyos se hallaba a la sazón en Villasana de Mena, emprendió desde luego este jefe la marcha sobre el punto atacado, llevando consigo la brigada del brigadier don Pedro Aznar¹², compuesta de un batallón de carabineros, el batallón provincial de Granada, la compañía de cazadores de Segovia y 43 caballos del regimiento de la Reina, total 900 hombres.

El brigadier Iriarte llegó a Villarcayo cuando ya los carlistas habiánse cabizbajos ido al inmediato pueblo de Cigüenza; y como si la vista de los humeantes escombros de las casas devoradas por las llamas fuese con la proximidad del enemigo, motivo más para que el jefe de las tropas de la Reina anhelase en el momento habérselas con los que así habían causado tantos males, mandó desde luego el brigadier Iriarte a sus tropas que enderezasen los pasos hacia el lugar que ocupaban los contrarios.

Está Cigüenza situado a un cuarto de legua de la villa de Villarcayo; así, pues, como la proximidad del pueblo donde se hallaba el enemigo reclamase desde luego providencias preventivas del combate, el brigadier Iriarte hizo que sus soldados se formasen en columna de ataque, y que de esta suerte, precedidas por varias compañías desplegadas en guerrillas, avanzaran en busca del enemigo.

Los carlistas recibieron a las tropas de Isabel con un vivísimo fuego; empero como las columnas de Iriarte cargasen briosas a la bayoneta, dando al propio tiempo un grito de guerra que hizo resonar el nombre de la ilustre huérfana entre las mismas filas de las huestes de don Carlos, cedieron éstas a tan bravo empuje, y abandonaron el campo, dejando en él 20 muertos, muchos heridos, un capitán prisionero, todo cuanto habían extraído de la inmediata villa, los documentos de la junta de Castilla, dos baúles llenos de papeles, la correspondencia de Cástor, una carga de cartuchos, varios fusiles, 18 caballos y mulas, multitud de raciones, y lo que es más, 12 prisioneros que habían hecho en el ataque a Villarcayo.

Los isabelinos por su parte hubieron de lamentar las heridas de tres defensores de la Reina, entre ellos un capitán¹³.

11 Fermín Iriarte y Urdániz.

12 Pedro Aznar Martínez.

13 Eduardo CHAO FERNÁNDEZ, Pedro CHAMARRO BAQUERIZO y José María GÓMEZ-COLÓN DE LARREATEGUI, *Galería Militar Contemporánea. Colección de biografías y retratos de los generales que más celebridad han conseguido en los ejércitos liberal y carlista, durante la última guerra civil. Con una descripción particular y detallada de las campañas del Norte y Cataluña. Obra original, redactada con presencia de diarios originales de operaciones y otros documentos inéditos proporcionados por los diferentes caudillos que han de figurar en la historia* (2 tomos), Madrid: Sociedad tipográfica de Hortelano y Compañía, 1846, tomo II, p. 40 a 41.

A pesar del exceso de aderezo literario del texto, no deja de ser bastante honesto respecto a las cifras y aunque ignore las bajas sufridas por los carlistas en el ataque a Villarcayo, algo natural al poder ser retirados muertos y heridos por sus compañeros, y no lo reconozca de forma expresa, deja entrever que no hubo víctimas entre los villarcayenses aparte de los 12 prisioneros luego rescatados y ajusta el número de casas incendiadas y limita los daños sufridos por el ayuntamiento a la caída de su reloj. También nos anticipa la posterior derrota de los expedicionarios en la cercana Cigüenza.

LA EXPEDICIÓN EN EL CONTEXTO TÁCTICO CARLISTA

Yerran sin embargo, como advertíamos, los autores de la *Galería Militar* al entender ese ataque como el objeto único de aquella incursión. Por el contrario, el jesuita Alberto Risco la encuadra acertadamente en los planes de Zumalacárregui¹⁴ y en el marco de las instrucciones que el caudillo guipuzcoano tenía de D. Carlos para que colaborase con el cura Merino¹⁵. Escribe concretamente el padre Risco:

“Era la voluntad expresa del Rey que combinasen sus fuerzas ambos caudillos; pero aún era más decidida la de Zumalacárregui de conseguir esta unión, pues con ella podría dilatar los horizontes de la campaña, y sobre todo, ocupar regiones en donde proveerse de alimentos para su ejército, porque hasta entonces solo de las ya esquilgadas provincias podía vivir”¹⁶.

Con ese objetivo, sigue apuntando el padre Risco, Zumalacárregui dispuso en el mes de septiembre de 1834 la salida de dos expediciones a Castilla, una la mandarían “Cuevillas”¹⁷ y la otra Sanz¹⁸. Sobre ésta, narraba el sacerdote historiador:

14 Tomás de Zumalacárregui e Imaz.

15 Jerónimo Merino y Cob, burgalés. Uno de nuestros más grandes guerrilleros en la guerra de la Independencia en la que alcanzaría el empleo de brigadier. Combatiría también en la llamada Campaña Realista o guerra de la Constitución, a cuya conclusión Fernando VII le negaría el ascenso a mariscal de campo. Caudillo indiscutible del pronunciamiento castellano a favor de los derechos de D. Carlos, sería ascendido por éste y nombrado comandante general de Castilla la Vieja.

16 Alberto RISCO s. j., *Zumalacárregui en campaña. Según los documentos conservados por su secretario de Estado Mayor, don Antonio Zaratiegui*, Madrid: Imprenta de José Murillo, 1935, p. 132.

17 Ignacio Alonso-Cuevillas y Remón, riojano. Mariscal de campo carlista. Habitualmente se le conocería como “Cuevillas” menor para distinguirlo de su padre, Ignacio Alonso “Cuevillas” Zapatero, destacado jefe de la guerra de la Independencia.

18 *Ibidem*, p. 132.

“El jefe de esta expedición fue el brigadier don Manuel Sanz, a quien, según los documentos secretos que tengo a la vista, se le confiaron las fuerzas de la tercera brigada de la división alavesa, que mandaba don Prudencio Sopenana, y el Cuerpo de las Encartaciones de Vizcaya, que estaba al mando de don Cástor Andéchaga, y las del mariscal de campo don José Mazarrasa, con algunas compañías. Su objeto era entrar en Castilla por la parte norte, mientras Cuevillas lo hacía por la Rioja alavesa, y unirse con Merino, estableciendo el contacto de las fuerzas castellanas con las vascongadas y navarras, para ensanchar la esfera de acción de ambos ejércitos.

El proyecto no podía ser más apetecible ni mejor tramado.

Todos estos documentos, que detallan el plan de la expedición. Están fechados a 7 de septiembre en el cuartel de Alegría de Álava.

Salió la expedición, y el 18 se presentaron en Villarcayo. Don Antonio Zaratiegui, en un documento privado, hecho para defender su fama militar, dice así, refiriéndose a esta expedición de Sanz¹⁹: ‘Llegaron a Villarcayo, en cuyo pueblo no pudieron rendir a diez miserables urbanos. Ejecutaron un saqueo horroroso en el vecindario; incendiaron 37 casas, todo sin utilidad, y los excesos llegaron a su colmo, pues ni los templos se respetaron. Envueltos en este desarreglo, fueron sorprendidos en el pueblecito inmediato de Cigüenza por la tropa de Iriarte, que les batió y, sin otra utilidad, regresaron a muy pocos días a las provincias, habiendo vuelto a sufrir antes otra sorpresa’²⁰.

No podemos, sin embargo, fiarnos ciegamente de la opinión de Zaratiegui recogida por Risco, puesto que el general navarro fue procesado tras su expedición a Castilla de 1837, salida en apoyo de la Expedición Real y escribía para defender su actuación por comparación con otras indudablemente menos importantes y exitosas. Lamentablemente para Sanz, éste no fue el único caso,

19 Vid. Alfonso BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, “Las expediciones carlistas en un inédito del general Zaratiegui” en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea* nº 33, San Sebastián de los Reyes (Madrid): Actas, 1997, p. 3 a 22.

20 Alberto RISCO s. j., *op. cit.*, p. 133.

de hecho todos los que escribieron sobre su expedición tenían motivos para criticarla, incluso los que participaron en ella, que ante su fracaso prefirieron eludir cualquier responsabilidad en su dirección.

GESTACIÓN, COMPOSICIÓN Y PRIMERAS MARCHAS

En cualquier caso, el testimonio más importante sobre la gestación y composición de esta expedición se encuentra en el *Diario* de operaciones de uno de esos protagonistas: José de Mazarrasa²¹, publicado en 1973.

Los datos que el general cántabro recoge al respecto podríamos resumirlos en la siguiente forma²²: tomada la decisión de enviar a Castilla la expedición que habría de mandar Manuel Sanz en su condición de presidente de la Junta de esa provincia²³, se proveyó que habrían de integrarla una fuerza de castellanos que debería formarse con la reunión de unos cuantos de aquellos que habían participado en los primeros momentos de la sublevación y en ese momento combatían incorporados a unidades navarras, vizcaínas y alavesas, agregándose a la Junta cuantos jefes de la misma procedencia se estimó necesario, para que una vez establecidos en Castilla pudieran organizar un núcleo de combate autóctono suficientemente importante como para sostenerse en la región de forma independiente, atenuando la persecución que sufría Merino en Castilla y combinándose con él en la medida de lo posible y en un futuro poder servir de base para la expansión del territorio carlista. Hasta la formación de dicho foco, deberían apoyar a los castellanos la 3ª brigada de la división de Álava (2 batallones) a las órdenes del coronel Prudencio de Sopelana y Lecanda y la brigada de Las Encartaciones (2 batallones) a las del coronel Cástor de Andéchaga y Toral²⁴. Cuenta también Mazarrasa que los

21 José de Mazarrasa y Cobo de la Torre, cántabro, brigadier al morir Fernando VII. Mariscal de campo carlista con antigüedad de 4 de noviembre de 1833.

22 Fermín de SOJO, *El Mariscal Mazarrasa. Edición homenaje a D. Fermín de Sojo y Lomba primer Presidente del Centro de Estudios Montañeses*, Santander (Cantabria): Institución Cultural de Cantabria, Centro de Estudios Montañeses, Diputación Provincial de Cantabria, 1973, p. 121 a 124.

23 Utilizamos la terminología de la época, en la que conceptos como provincia o región no tenían el significado actual.

24 No ha sido fácil el intento de fijar que batallones componían esas brigadas e identificar a sus comandantes, pues los datos son bastantes confusos. Parece claro, por el relato de Mazarrasa, que uno de los batallones alaveses estaba mandado por Santiago de las Heras y debía ser el 1º, mientras que el otro lo debía ser por Rafael Ibarrola que entendemos era el 5º, aunque en uno de los partes cristinos se dé a entender que en la expedición figuraba el 2º de Álava, lo que tenemos por imposible porque este batallón participó en la expedición dirigida por Ignacio Alonso-Cuevillas “Cuevillas”, perdiendo precisamente durante la misma a su jefe Juan Antonio Areitio. Respecto a los vizcaínos, pensamos que debieron ser el 6º, mandado José Antonio Aguirre, y el 7º, del mando directo de Cástor Andéchaga. Respecto a quién dirigía las tropas castellanas entendemos que en principio fue Basilio Antonio García “D. Basilio” y a su marcha José María Arroyo.

castellanos eran “(...) pocos en número, y en gran parte desnudos²⁵, desarmados y sin municiones”²⁶.

Indica también Mazarrasa que el encargado de uniformar, armar y municionar a los castellanos era el comandante general de Vizcaya Fernando de Zabala y Vidarte lo que, según la versión del general de Navajeda, a pesar de las órdenes de D. Carlos y las instancias de Sanz no hizo²⁷, aunque debemos de puntualizar que tampoco las críticas de Mazarrasa hay que tomarlas al pie de la letra puesto que, como anticipábamos, relegado en el mando de la expedición que entendía le correspondía, es excesivamente severo a la hora de enjuiciar todo lo concerniente a ella, a la par que oculta que fue su jefe de Estado Mayor. Él mismo explica el motivo de su disgusto, tras contar que fue el día 24 de agosto cuando junto con el coronel Pedro de la Bárcena²⁸ recibió la orden de incorporarse a la Junta de Castilla, lo que hicieron el día 28 en Elorrio, pues allí “(...) por su grado superior pretendió el mando militar de la expedición, que Sanz no quiso ceder”²⁹.

También sabemos que con fecha 31 de agosto, desde Guernica, elevó a D. Carlos una consulta al respecto, lo que le dio excusa para no seguir a la Junta en sus siguientes movimientos³⁰ acercándose el día 5 de septiembre a Marquina, donde el entonces ministro de la Guerra carlista, conde Luis de Villemur y Bize le comunicó “(...) la determinación de S.M. de que fuese sin mando a Castilla, a las órdenes del Presidente de la Junta para que ésta, hecha... le emplease conforme a su clase”³¹.

Ese mismo día 5 por la tarde, Mazarrasa, una vez recibida por escrito la orden que previamente se le había dado de forma verbal, regresó a Guernica donde también pasó a dormir D. Carlos y a donde, al día siguiente 6, marcharon los entonces miembros de la Junta de Castilla Juan Tomás de Sarasúa, vocal, y Luis Antonio Ibáñez, secretario, para intentar conseguir algún tipo de auxilio para la expedición³². El día 7 tuvo lugar en Guernica una junta en presencia de D. Carlos a la que asistieron Sarasúa e Ibáñez y de la que según Mazarrasa “no se vio fruto alguno”³³. El día 8 Mazarrasa, Sarasúa e Ibáñez salieron de Guernica para reunirse con Sanz, lo que hicieron el día

25 Hay que entender que se refiere a sin uniformar.

26 Fermín de SOJO, *op. cit.*, p. 121.

27 *Ibidem*, p. 121.

28 Pedro Francisco García de la Bárcena y González de Vargas, cántabro. Comandante y coronel graduado de infantería al morir Fernando VII, ascendería en el Ejército carlista a coronel efectivo con antigüedad de 23 de julio de 1836 y a brigadier con la de 14 de febrero de 1837.

29 Fermín de SOJO, *op. cit.*, p. 121.

30 *Ibidem*, p. 121.

31 *Ibidem*, p. 122.

32 *Ibidem*, p. 122.

33 *Ibidem*, p. 122.

9 en Orozco, a donde llegó la Junta por la tarde desde Ibarra³⁴ y a donde igualmente concurrieron Sopelana y Andéchaga con sus batallones. El día 10 marcharon a Barambio y desde allí a Arciniega, a donde llegaron ya de noche. El día 11 “El Sr. Presidente por la tarde dirigió su marcha a Güeñes en donde tomó alojamiento con la tropa de Castilla y el batallón de Santiago de las Heras. El de don Felipe Ibarrola³⁵ fue a situarse a Gordejuela, y la brigada de Andéchaga a Zalla”³⁶.

No lo explica claramente Mazarrasa, pero parece que este movimiento retrógrado se debió a que Sanz esperaba la llegada de la brigada que debía cubrir sus movimientos. El día 12 se dio descanso a las tropas y el 13 orden de marcha hacia Llodio, movimiento que ejecutaron las tropas castellanas y la brigada de Sopelana pero no la de Andéchaga. En dicha villa vizcaína fueron informados de la llegada a Orozco de Juan Antonio Goiri y Olavarrieta, quien con la división de la derecha de Vizcaya debía proteger su entrada en Castilla³⁷. Sanz ordenó entonces la marcha de sus tropas a Amurrio (todavía sin la brigada Andéchaga), mientras él con Mazarrasa y otros jefes agregados a la Junta de Castilla se dirigían a Orozco para entrevistarse con Goiri, aunque Mazarrasa continuaría hasta Barambio donde posteriormente llegaría Sanz. Antes del amanecer del día 14, la Junta de Castilla y los jefes agregados a ella se pusieron en marcha camino de Oyardo, donde ya se encontraban antes de salir el sol. Las tropas castellanas y la brigada Sopelana, que habían recibido la orden de ponerse en movimiento, se dirigieron hacia Izarra donde se les reunió la Junta con Sanz a la cabeza. Allí, al anochecer hubo una reunión de jefes para decidir el itinerario a seguir. Según Mazarrasa se dijo que:

“(…) en el pueblo del valle de Tobalina se hallaban ocultas armas y municiones y el Presidente se inclinaba a salir por allí para coger al paso estos auxilios, pero se creyó que era mejor dar comisión para recoger esto a un oficial con auxilio de cierta partida que recorría aquel país, mientras la salida podía verificarse por otro punto menos expuesto a la persecución del enemigo, cual era la provincia de Santander”³⁸.

³⁴ La Junta se había estado moviendo durante aquellos días en la linde de Vizcaya y Álava, en la zona que delimitan Orozco al norte y Barambio al sur.

³⁵ Rafael Ibarrola mandó el 5º de Álava, y era hermano de Juan Felipe Ibarrola, derrotado y apresado en Vargás el día 3 de noviembre de 1833, por lo que él fue conocido como “Ibarrolilla”. En muchos textos hemos visto que se le llama Felipe, no sabemos si porque, como su hermano, llevaba también éste como segundo nombre.

³⁶ Fermín de SOJO, *op. cit.*, p.123.

³⁷ *Ibidem*, p. 124.

³⁸ *Ibidem*, p. 124.

De acuerdo con aquella decisión, el día 15 se contramarchó hasta Oquendo. Por la tarde, sin embargo, se retrocedió por el camino de Amurrio descansando entre ambas poblaciones, llegándoles allí la noticia de que en Arciniega, con motivo de la celebración de una feria, había llegado una columna cristina de unos 500 a 600 hombres pertenecientes a la 3ª brigada de la división de operaciones de Castilla la Vieja del mando del coronel José María Quintana, jefe del regimiento provincial de Logroño, del que igualmente se supo que había recibido un refuerzo de unos 900 hombres, “carabineros en mucha parte, que se decían venidos de la parte de León”³⁹, por lo que se retrocedió a Oquendo, donde los batallones pasaron la noche “con las armas en pabellón”⁴⁰. Según supieron después, los cristinos se retiraron de Arciniega sobre las dos de la mañana del día 16, permaneciendo los expedicionarios en Oquendo hasta la hora del rancho para,

“(…) emprender la marcha por la tarde, lo que habiendo de ser por Carranza según lo convenido en Izarra, se dirigió a la Peña de Angulo. Goiri marchó aquella tarde a Gordejuela y su columna tropezó con la de Castilla de vuelta, encontrada en los caminos angostos de Oquendo, cosa que entorpeció bastante una y otra marcha. Al paso encargó el Presidente a Goiri que entretuviese al enemigo un par de días, lo que no pudo realizarse por la diligencia de don Francisco [Fernando] Zabala en dar orden a la División de la Derecha para salir de las Encartaciones, inutilizando así el auxilio que la Junta esperaba de esta tropa. El Presidente y la brigada de Sopelana llegaron a Angulo ya de noche, con la Junta, el general Mazarrasa y demás comitiva. An-déchaga debía concurrir al mismo punto, y no apareció en él. Allí se supo positivamente que el enemigo se hallaba en Villasana de Mena en número de más de mil hombres y que aquella misma tarde se hallaban recibiendo raciones a hora de las cuatro poco más o menos”⁴¹.

La información recibida en Valle Angulo determinó a Sanz a contramarchar, dirigiéndose hacia la Peña de Aro. Escribe concretamente Mazarrasa:

“Hecho cargo el Presidente de la proximidad del enemigo y mala posición de Angulo para esperarles, emprendió la

³⁹ *Ibidem*, p. 124.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 124.

⁴¹ *Ibidem*, p. 125.

marcha antes de amanecer [día 17] para subir a la Peña del Aro⁴², como lo realizó. Puso avanzadas y se detuvo en este punto para esperar la incorporación de Andéchaga, que no verificó hasta la tarde. Los enemigos avanzaron una descubierta de 60 hombres hasta... en cuyo pueblo⁴³ permanecieron de espacio aquel día sin duda en observación de nuestros movimientos⁴⁴.

LA EXPEDICIÓN EN CASTILLA

Reunidos todos los expedicionarios, Sanz dio orden de marcha y se emprendió entre las 4:00 y las 5:00 de la tarde de aquel día, dirigiéndose a través de Sierra Salvada camino de Quincoces de Yuso, a donde llegaron después de anochecido. Señala Mazarrasa, que poco satisfecho Sanz con aquella posición “emprendió desde allí la marcha a Villarcayo”⁴⁵. Otro de los protagonistas de aquella expedición fue Francisco Vivanco⁴⁶, quien asegura que Mazarrasa había sido nombrado jefe de Estado Mayor de la expedición del que él se decía segundo. Vivanco también nos ha dejado un relato de aquella marcha y nos cuenta que llegaron a Quincoces,

“(...) al caer el sol, y a las dos horas salieron para Villarcayo, sin más orden ni método que el decir vamos, sin contar más que con ciertas personas, llegando hasta el grado de que aún no había Vivanco desmontado por haber estado colocando las avanzadas, cuando le dijeron: ‘Señor Jefe, ¿qué hace usted?, ¿qué no sabe que está marchando la División?’ Replicando: ‘Qué ha de marchar, si acabo de venir de colocar las avanzadas’. Insistiendo el que se lo dijo: ‘No lo dude usted, que a estas horas ya quizás habrá salido toda la gente’. Por lo que sin detenerse salió a reconocer si era cierto y se halló solo, puesto que todo el mundo había marchado, sin que aun siquiera hubieran tenido la bondad de haberle mandado un ayudante diciéndole aunque no

42 Desde la peña de Aro (1.187 metros), se divisan los valles de Angulo, Ayega, Ayala y Tudela, la comarca de Arciniega y Gordejuela.

43 Los puntos con los que José Simón Cabarga, a cuyo cuidado estuvo la publicación del *Diario* de Mazarrasa, sustituye los rotos del original, entendemos que esta vez se corresponden con el pueblo de Relloso.

44 Fermín de SOJO, *op. cit.*, p. 125.

45 *Ibidem*, p. 125.

46 Francisco Vivanco y Barbaza-Acuña, burgalés. Coronel al morir Fernando VII, ascendería en el Ejército carlista hasta mariscal de campo con antigüedad de 5 de junio de 1835.

hubiera sido más que iban a tal punto, por lo que emprendió solo su marcha, siguiendo las huellas de algunos rezagados, los que fue reuniendo (...)”⁴⁷.

Parece evidente que tampoco Vivanco podía ser muy objetivo al hablar de aquella expedición, además de no llegar a tiempo del combate, por lo que hemos de volver a Mazarrasa que al menos es mucho más minucioso en su relato, que continuamos:

“La marcha [decía] se siguió con poco orden y duró hasta... poco más o menos de la mañana⁴⁸ en que debió hacerlo a Villarcayo el batallón de don Santiago de las Heras que iba a la cabeza de la columna. Ningún encuentro había habido hasta entonces con el enemigo, pero hallándose en Villarcayo según se dijo, cuarenta soldados del Regimiento de caballería de la Princesa y como 20 o 30 Urbanos, resolvieron defenderse o porque no se determinaron a salir del pueblo, o por un efecto de obstinación en su sistema. Al abocarse al pueblo nuestra columna rompieron el fuego en las calles y desde las casas, siendo el primer muerto de nuestra parte el comandante don Santiago de las Heras, que cayó al golpe atravesado de una bala por medio del pecho. Se dijo que don Fermín de Iriarte, escoltado de 12 a 14 caballos había salido de allí como media hora antes de la llegada de nuestras tropas, con dirección a Espinosa de los Monteros⁴⁹. Viendo el Presidente que los enemigos se defendían con ventaja por el abrigo de las casas; que no se daba oídos a ninguna capitulación, ni por parte del pueblo ni de la tropa, luego que reunió su gente y situó sus avanzadas, mandó que entrando en el pueblo cuatro compañías de cazadores por distintos puntos saqueasen o incendiasen las casas. Pudieron sacarse de ellas ocho o diez caballos de la Princesa, tan hermosos y bien enjaezados, que Sopelana, Ibarrola y otros oficiales, los más alaveses, montaron en ellos y desde aquel momento los hicieron

47 José María GONZÁLEZ DE ECHÁVARRI Y VIVANCO, *Zumalacárregui. Estudios críticos a la luz de documentos inéditos. Vivanco. Memorias de su vida militar*, Valladolid: Imprenta y Librería Casa Martín, 1936, p. 140.

48 Como nos dirán los partes cristinos, sobre la seis y media del día 18.

49 No parece que este rumor fuese cierto.

suyos, sin que el señor Presidente se atreviese a reclamarlos, ni entonces ni después. El pueblo empezó a arder por varias partes sin que la tropa ni el paisanaje pidieran capitulación, ni cesación de hostilidades. La situación era mala para nosotros, el tiempo pasaba, la tropa trabajaba y no comía, después de una marcha forzada de toda la noche y parte de la tarde anterior, era casi indispensable retirarse.

Algunos oficiales intentaron la continuación del ataque a la villa bajo varios pretextos y el Sr. Presidente acordó por último dejar... compañías en Villarcayo para continuar lo comenzado y que las demás tropas se retirasen a Cigüenza, pueblo media legua inmediato, para tratar de [dar] algún descanso y ranchos. A las cuatro de la tarde se emprendió la marcha, retiradas ya las avanzadas, pero en el camino se armó una fuerte tronada que arrojando granizo y agua en abundancia fue bastante para que todos llegasen mojados a Cigüenza; el fuego y el incendio, sin embargo, siguió en Villarcayo hasta las doce de la noche. Pereció la casa del Ayuntamiento, aunque fuerte y aislada, y lo peor y más sensible fue que ni aun se reservó la iglesia, desde cuya torre hacían también fuego los enemigos con notable ventaja, y no se halló otro medio de hacerlo callar. Pasado de cuarenta casas se dijeron quemadas y en ellas no pocos habitantes y tropas, siendo muy pocas las familias que se vieron huir⁵⁰.

No oculta Mazarrasa el fracaso que supuso el ataque a Villarcayo, lamentable no tanto por no haber conseguido doblegar la resistencia de aquel grupo de cristinos que la propaganda del régimen convertiría en héroes y a Villarcayo en ejemplo de liberalismo, cuando si atendemos al número de sus urbanos no parece que lo fuera tal, sino por la innecesaria destrucción de la población, que sin embargo hemos de insistir no fue tan importante como señala Mazarrasa y nos corroborará el parte cristino que inspira a los autores de la *Galería Militar*. Pero antes de transcribirlo entendemos que debemos reseñar un hecho que finalmente solamente sería secundario a la acción, pero que pudo haber tenido relativa importancia. Simplemente con fijarse en un plano de la zona, veremos que muy cerca de Villarcayo se encuentra Medina de Pomar, de hecho a menos de 7 km, y entonces Medina tenía guarnición cristina, guarnición que sin em-

⁵⁰ Fermín de SOJO, *op. cit.*, p. 125 a 126.

bargo no auxilió a los villarcayenses que sufrieron el ataque carlista cerca de 18 horas. Vivanco, de forma un poco confusa, viene a contarnos que sobre las 8 de la mañana se encontraba a la altura de Medina de Pomar, pudiendo comprobar la salida de su guarnición camino de Villarcayo y que:

“(…) viendo el peligro que amenazaba a aquellos virtuosos voluntarios, se puso, después de haber tomado posición en el mismo camino, al frente de una Compañía, dispuesto a hacerles costar cara su osadía, lo que visto por los enemigos, sin detenerse un solo momento, volvieron la espalda, huyendo cobardemente a encerrarse en su guarida”⁵¹.

Si hemos de creer a Vivanco, con su decisión había salvado “lo menos, cuatrocientos hombres que debieron caer en poder de los enemigos”⁵². Se refiere, claro está, a los expedicionarios rezagados, pero de paso había evitado el auxilio que aquella guarnición podría haber llevado a los defensores de Villarcayo, aunque si retrocedieron ante una sola compañía habrá que deducir que nada habrían hecho ante el grueso de la expedición. Pero veamos ahora la versión cristina de lo sucedido. Es el despacho remitido por el capitán general de Castilla la Vieja, el recientemente ascendido a teniente general José Manso y Solá, al ministro de la Guerra, mariscal de campo Antonio Remón-Zarco del Valle y Huet, en el que se indicaba:

“Excmo. Sr.: El comandante militar de Medina de Pomar me dice con fecha de ayer [19 de septiembre] lo que copio: ‘Excmo. Sr.: Ya puedo dar a V.E. un parte circunstanciado de todo lo ocurrido en Villarcayo, pues que tengo en este momento delante a uno de los defensores, el Urbano D. Francisco Cuesta. El enemigo apareció en dicha villa el 18 como a las seis y media de la mañana; en el momento principió un fuego horroroso desde todas las casas, en las que se defendieron los Urbanos, y la de la villa [ayuntamiento] lo estaba por parte de éstos y una partida del 15º de línea, mandada por el teniente D. Francisco Tapia.

Por dos veces se les intimó la rendición en nombre del rebelde Uranga, y las dos veces fueron despreciados por estos bravos, cuya contestación fue la de morir por ISABEL II;

⁵¹ José María GONZÁLEZ DE ECHÁVARRI, *op. cit.*, p. 140.

⁵² *Ibidem*, p. 140.

viendo tan heroica resolución dieron fuego a las principales casas, haciéndolo hasta el número de unas 30, intentando, pero en vano, hacerlo con la de la villa (punto de mayor defensa), que solo lograron se desplomase el reloj.

Todos los esfuerzos de los rebeldes, Excmo. Sr., fueron inútiles, y nada arredraba a los valientes que en medio de situación tan crítica invocaban el sagrado nombre de ISABEL II; en fin, Excmo. Sr., la victoria se decidió por los buenos y por la justa causa, y los infames tuvieron a buen partido que abandonar la villa como a la una de la madrugada de este día, llevando consigo la ignominia y un testimonio del valor de los Urbanos de Villarcayo, cuya memoria debe ser eterna: éstos héroes no han tenido pérdida alguna, pues como unos 12 que se llevaban prisioneros han sido rescatados por el valiente brigadier Iriarte y su columna, el que ha dado alcance al enemigo hoy por la mañana entre siete y ocho de la misma en la sierra y monte de Sigüenza [Cigüenza], batiéndole y causándole bastante pérdida.

El patriota administrador de Salinas de Rocío [Rosio] D. Lorenzo Gutiérrez, vecino de esta villa, se me presentó con el mayor anhelo en la madrugada de hoy, para salir con cinco caballos a hacer un reconocimiento sobre Villarcayo; conociendo su valor y decisión, así como su práctica en el terreno, le concedí exposición tan arriesgada en razón a no saberse nada, la que ha desempeñado a mi satisfacción, dándome parte del principio de ella, ganada por el brigadier Iriarte, cuanto porque no contento con hacer lo preciso de su comisión se metió a tomar parte en ella, y me ha traído un saco lleno de papeles de la junta rebelde de Castilla, con Reales despachos de su soñado rey, y otros documentos, que todo remitiré a V.E. tan pronto como haya ocasión, y no siendo la primera vez que se ha prestado a tan buenos servicios este administrador, lo recomiendo a V.E. por si lo tiene a bien lo haga a la REINA Gobernadora.

Los Urbanos de Villarcayo y la tropa que allí había abandonaron la casa de la villa entre doce y una de la madru-

gada de hoy, salvándose por medio de la nube de rebeldes que los rodeaban; el Sr. Corregidor también se salvó con su familia. Omito recomendar a los Urbanos y tropas, que se que V.E. los presentará a la faz de la nación a estos bravos, cual éstos se merecen. La pérdida de los rebeldes en Villarcayo ha sido de alguna consideración; entre los muertos hay un teniente coronel; la nuestra ha sido muy corta. Todo lo que elevo al superior conocimiento de V.E.'. Lo que traslado a V.E. para conocimiento y satisfacción de V.E. y de S.M. la REINA Gobernadora, reservándome recomendar a V.E., para que se sirva hacerlo a S.M., a los beneméritos defensores de Villarcayo, luego que reciba noticias más circunstanciadas de este rasgo de heroísmo que tan acreedores hace a la munificencia Soberana a los que la han ejecutado. Dios guarde... Cuartel general de Burgos, 20 de Septiembre de 1834.

José Manso

Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra”⁵³.

Como informa el despacho, las casas quemadas en Villarcayo fueron unas treinta, seguramente aquellas desde las que se defendían los urbanos; el ayuntamiento, “punto de mayor defensa” que solamente fue destruido en parte; como lo sería la puerta de la iglesia, desde donde como recoge Mazarrasa también se hacía fuego contra los carlistas. Además, podemos concretar que el ataque lo inició el batallón alavés que dirigía Santiago de las Heras, “quizás, al Jefe más bizarro de la expedición”⁵⁴ a decir de Vivanco, que como hemos leído fue el primero en caer mortalmente herido y continuado por “cuatro compañías de cazadores”, siendo las bajas carlistas, además del 1^{er} comandante Heras y según expresión de Vivanco “una porción de voluntarios”⁵⁵, sin que nadie concretase ni el número total, ni menos cuántos de ellos fueron heridos y cuántos muertos. Si sabemos que el ataque empezó a las 6:30 y se suspendió a las 16:00 de aquel día 18 de septiembre, aunque algunas compañías se quedaran en el pueblo hasta pasadas las 12 de la noche. Igualmente, hemos de subrayar que en el despacho copiado no se habla de bajas cristinas ni entre la tropa, urbanos o población.

⁵³ *Gaceta de Madrid* n° 222 (miércoles, 24 de septiembre de 1834).

⁵⁴ José María GONZÁLEZ DE ECHÁVARRI, *op. cit.*, p. 140.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 140.

Insinúa Mazarrasa que Sanz, informado de que por el mismo camino que habían seguido los expedicionarios avanzaba la columna del coronel Quintana, que debía haber sido sujetada en las Encartaciones por la de Goiri, lo que como sabemos no sucedió por intervención de Zabala, tomó la decisión de continuar su marcha en dirección contraria, hacia Soncillo, pero que “(...) conociendo la necesidad de dar a sus tropas en Cigüenza algún descanso, acordó que a las cinco de la mañana se emprendiese la marcha por el camino de Soncillo, pasando en Cigüenza aquella noche”⁵⁶.

Apunta Mazarrasa que, a pesar de lo previsto, los expedicionarios no estaban listos a las 5:00 de la mañana del 19 para ponerse en camino, sino que sus preparativos se prolongaron hasta las 7:30 “poco más o menos”, cuando fueron sorprendidos por,

“(...) la columna perseguidora que dividida en tres y echando sus guerrillas por delante en bastante buen orden, avanzó a Cigüenza y rompió el fuego... Este inesperado incidente puso en desorden a todo el mundo que solo pensó en huir por donde presentaba mejor salida. El batallón de Ca...⁵⁷ encaminarse hacia un monte que se eleva por la espalda del pueblo, y su paso hizo alguna resistencia, pero se halló detenido por escarpados casi inaccesibles que se formaban a su extremos. Otros muchos se tiraron a la orilla del río que corre por la espalda y pudieron emprender la fuga por los estrechos desfiladeros de su orilla derecha. Otros, aunque pocos, pasaron el río y se retiraron por la orilla izquierda sin volver a incorporarse con la expedición, llegando a Vizcaya con dos o tres días de ventaja, tales fueron el brigadier don Basilio García⁵⁸, don A. Rodríguez Vinaya y otros. El bagaje y brigadas se perdió por completo, incluso los papeles y demás efectos de la Junta y los equipajes de todos.

La División, venciendo mil dificultades y perseguidos del enemigo casi una hora, se pudo reunir en una altura a las inmediaciones del camino real de Soncillo con poca pérdida de gente, pero sin municiones, tanto por la falta general

⁵⁶ Fermín de SOJO, *op. cit.*, p. 126.

⁵⁷ Puede referirse al de Cástor de Andéchaga.

⁵⁸ Basilio Antonio García y Velasco, riojano. Había sido comandante 1º del batallón de realistas de Logroño, ascendido a coronel por Santos Ladrón de Cegama y Luquin, llegando a ser mariscal de campo carlista con antigüedad de 24 de agosto de 1837.

que de ellas había, y por las gastadas en acciones anteriores, como también porque con el bagaje se perdieron cinco arrobas de pólvora que se habían hallado en el valle de Tolalina y acababan de llegar a Cigüenza aquella mañana”⁵⁹.

Independientemente de la derrota, propiciada entre otras cosas por haberse dejado sorprender, lo que implica que Sanz no había colocado o que había retirado antes de tiempo sus puestos avanzados, error impropio de un jefe medianamente competente máxime estando en territorio enemigo, está claro que no sabían ni quien les había atacado pues Mazarrasa, según se deduce de su texto, estaba convencido que había sido el coronel Quintana. Vivanco, aunque confunda el apellido sí lo sabía o lo supo luego y su texto, aunque exclusiva y absurdamente enfocado a eximirse de cualquier responsabilidad en los errores y a atribuirse el protagonismo de toda maniobra medianamente acertada, complementa lo dicho por Mazarrasa al informarnos que:

“(…) al amanecer del 19, al toque de diana, formó toda la tropa, y como allí a una hora mandó Sanz que se retirase a descansar un poco; en este intermedio mandó se retirasen los puntos avanzados sin conocimiento de Vivanco, que los había colocado, y como a cosa de media hora se presentaron los enemigos mandados por el rebelde Idiarte, a tiro de fusil, cuya presencia produjo los efectos que eran de esperar en una División que solo lo era por el nombre, pues si no hubiera sido por Vivanco, aquel día no hubiera quedado ni aún rastros de ella, puesto que, hallándose ya en total dispersión, con unos sesenta hombres consiguió salvarla, quedando él por último totalmente abandonado y a merced de los enemigos, salvándose solo por su decisión y arrojo con el auxilio de la Divina Providencia”⁶⁰.

La primera noticia oficial sobre lo sucedido en Cigüenza vuelve a ser un parte del capitán general de Castilla la Vieja al ministro de la Guerra, que decía:

“Excmo. Sr.: Acabo de recibir un parte del brigadier D. Fermín Iriarte, fecha de ayer en Medina de Pomar, que dice así: ‘Excmo. Sr.: Las facciones reunidas de Cástor, Sopelana e Ibarrolilla, en número de 2.500 a 3.000 hombres

⁵⁹ Fermín de SOJO, *op. cit.*, p. 126 a 127.

⁶⁰ José María GONZÁLEZ DE ECHÁVARRI, *op. cit.*, p. 140 a 141.

con el insigne Mazarrasa, vinieron ayer a atacar a Villarcayo. Tengo el gusto de anunciar a V.E. que con los carabineros y el provincial de Granada, una compañía de Segovia y 43 caballos los he batido completamente, y en dispersión se han retirado por las alturas hacia Soncillo, desde donde me presumo bajen por Quisicedo hacia Espinosa, a cuyo punto he ordenado al coronel Quintana pase con su brigada para mañana al medio día, y yo emprenderé mi marcha para dicha hora, si alguna otra circunstancia no me lo impide. El parte de la acción lo daré a V.E. apenas recoja los datos, asegurándole que han sido muertos varios oficiales, y entre ellos el ayudante de Cástor, y cogídole toda la correspondencia'. Lo que me apresuro a trasladar a V.E. para su debido conocimiento y el de S.M., quedando en hacer lo mismo con los detalles cuando los reciba. Dios guarde... Cuartel general de Burgos, 20 de Septiembre de 1834.

José Manso

Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra⁶¹.

No se haría esperar mucho el siguiente despacho de Iriarte y su remisión por parte de Manso a Madrid. Escribía el capitán general de Castilla la Vieja, que preparaba su salida de Burgos hacia Villarcayo:

“Excmo. Sr.: En el momento de ir a emprender la marcha, recibo un oficio del brigadier D. Fermín Iriarte, fecha de ayer en Medina de Pomar, que contiene los detalles de la acción que tuvo con los rebeldes en el pueblo de Cigüenza a un cuarto de legua de Villarcayo, el cual es del tenor siguiente:

‘Excmo. Sr.: Acababa de llegar a las nueve y media de la noche de ayer a Villasana de Mena, y tuve partes de que la facción en número de 3.000 hombres estaba atacando a Villarcayo; a las diez en punto emprendí mi marcha con

61 *Gaceta de Madrid* n° 222 (miércoles, 24 de septiembre de 1834).

las tropas de la 1ª brigada al mando del brigadier D. Pedro Aznar, compuesta de un batallón de carabineros, y el batallón del provincial de Granada, agregándole a más la compañía de cazadores de Segovia y 43 caballos de la Reina, su total 900 hombres.

Al llegar a Villarcayo vi con horror quemada mucha parte de la población, y saqueadas todas las casas de los beneméritos vecinos. Supe también que los actores de tamaños males se hallaban en el inmediato pueblo de Cigüenza, distante un cuarto de legua; sin embargo del gran número de enemigos no dudé un momento de atacarlos, convencido que el entusiasmo de los Señores jefes, oficiales y tropas que tengo el honor de mandar, supliría la falta de número; efectivamente tomadas todas las disposiciones necesarias, mandé avanzar las guerrillas seguidas de las columnas de ataque, y a la voz de viva la REINA nuestra Señora Doña ISABEL II, sin arredrarse del vivo fuego que hacían, avanzaron a la bayoneta, cuya decisión hizo abandonar a los cobardes el campo, dejando 20 muertos, muchos heridos, y un capitán prisionero (que será mañana pasado por las armas), todo cuanto habían robado en Villarcayo, todos los documentos de la junta de Castilla, y dos baúles llenos de diferentes papeles, la correspondencia de D. Cástor Andéchaga, una carga de cartuchos, varios fusiles, 18 caballos y mulas, y multitud de raciones de carne y vino; entre los muertos se cuentan varios oficiales, y el ayudante mayor del titulado brigadier Andéchaga. Por mi parte solo he tenido tres heridos, entre ellos un capitán.

Faltaría a lo más sagrado de mí deber si no recomendase muy particularmente el mérito y bizarría con que se portaron el brigadier D. Pedro Aznar, jefe de la 1ª brigada, el coronel del provincial de Granada marqués de Campoverde⁶², el teniente coronel D. Ramón Montero, comandante accidental del batallón de carabineros que, despreciando el vivo fuego del enemigo animaban a sus soldados; al jefe de mi plana mayor D. Celestino Azcárate; capitán de infantería graduado de teniente coronel,

62 José María González Torres de Navarra y Álvarez de las Asturias Bohorques.

que con la mayor actividad comunicaba las órdenes; al capitán de granaderos del provincial de Granada D. Manuel de Urrea, herido levemente, al capitán D. Ramón Conti y Galiano, de la compañía de cazadores de Segovia, al teniente de la misma D. José de Miera, y al subteniente de ídem D. Antonio Saavedra, y D. José Valero, subteniente de carabineros.

Igualmente recomiendo al alférez graduado sargento primero de la 1ª compañía del regimiento de infantería de la Reina D. Faustino Valverde, y a los soldados de la misma Antonio Calderón y Juan Redón; al subteniente de la Guardia Real provincial D. Javier Linares, y al soldado herido del provincial de Granada D. Antonio Justicio; al sargento primero de la compañía de cazadores de Segovia D. Ignacio de la Infanta; sargento segundo de id. Felipe Martín, id. Id. Pedro Gómez; cabo primero de id. Félix Calzada, y los soldados Mateo García, Gregorio Marañón, Narciso López; no pudiendo menos de elogiar el valor del soldado de la 4ª compañía del provincial de Granada Diego López, que a pesar del vivo fuego que le hacia el faccioso Fernando Zorrilla, oficial retirado, y titulado capitán de uno de los batallones de los facciosos, cargó sobre él, e hizo prisionero; en fin, todos los individuos en general son dignos de mi recomendación’.

Lo que tengo el honor de trasladar a V.E. y que sirva de satisfacción a la REINA nuestra Señora, no pudiendo menos de recomendar a su augusta consideración a todos los que se han distinguido en esta acción, en la que el valor y decisión de la tropas de la REINA nuestra Señora, ha tenido que suplir como en otras muchas ocasiones la gran desproporción de las fuerzas. Dios guarde... Cuartel general de Burgos, 21 de septiembre de 1834.

José Manso.

Excmo. Sr.: Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra”⁶³.

⁶³ *Gaceta de Madrid* nº 222 (miércoles, 24 de septiembre de 1834).

Nos atreveríamos a decir que a pesar de la desbandada carlista, aquella sorpresa no fue aprovechada suficientemente por Iriarte, quien confiesa haber hecho a su enemigo tan solo 20 muertos y “muchos heridos” que no aclara si su adversario llevó consigo o él apresó, aparte del capitán Fernando Zorrilla cuyo destino quedaba anunciado. Parece evidente que Iriarte se conformó con la sorpresa y decidió no perseguir a los expedicionarios, cuya dirección, al suponer que se retirarían por Espinosa de los Monteros, erró. Volviendo a los expedicionarios, Mazarrasa nos cuenta que “ordenándose sobre la marcha” se dirigieron hacia Soncillo, siendo informados durante el camino,

“(…) por los transeúntes que marchaban a corta distancia de nosotros dos partidillas a las órdenes de un tal Chávარი y la de don Fermín Escalera que debían componer entre los dos, doscientos infantes y como de 30 a 40 caballos. Con efecto, como media legua antes de llegar a Soncillo, ya nos habían preparado una pequeña emboscadilla a la izquierda del camino real, que, descubierta por algunos flanqueadores huyó hacia Soncillo a las primeras descargas. Nuestra columna destacó algunas tropas por sus flancos siguiendo otras por el camino real. Los enemigos reunidos en el pueblo no se determinaron a esperar y emprendieron por el mismo camino real su retirada, en la cual nuestra vanguardia les fue siempre al alcance por espacio de cinco leguas, haciéndoles continuado fuego del que perdieron alguna gente, hasta que las nieblas del Puerto les facilitaron la fuga que continuaron, según se dijo, hasta Santander, en donde introdujeron el terror y la consternación en términos que la ciudad estaba ya resuelta a entregarse sin resistencia”⁶⁴.

Tiene razón Mazarrasa, como veremos, respecto a la huida del coronel Fermín Escalera Porras, comandante militar de las Merindades y la alarma que llevó consigo a la ciudad de Santander, no en cuanto a la resolución de los liberales santanderinos, que por el contrario se mostraron dispuestos a defenderse a toda costa. Transcribimos ahora lo escrito por Vivanco, complementario otra vez a lo dicho por Mazarrasa aunque, como siempre, deslucido por su afán de protagonismo y exageraciones:

“Al momento que salió del mayor apuro [Vivanco], lo primero que hizo fue reunir los grupos dispersos; lo que

⁶⁴ Fermín de SOJO, *op. cit.*, p. 127.

esto le costaría lo deja a la consideración de los que conocen los que son soldados bisoños reunidos de la noche a la mañana, y mucho más si los Oficiales, esto es, al mayor número les sucede lo propio; viendo que los enemigos les seguían, trató de emprender su nueva marcha con dirección al pueblo de Soncillo, pero antes se le ocurrió preguntar a dos hombres que venían de aquella dirección si había hacia aquella parte alguna tropa, los que le contestaron diciendo que en el mismo Soncillo quedaba tropa cristina, cuya noticia, le hizo activar aún todavía más el movimiento, por lo que destacó a derecha e izquierda del Camino Real dos Compañías de preferencia, y antes de llegar, como a un cuarto de hora, la que iba por el costado izquierdo se encontró con un punto avanzado enemigo al que en pocos minutos arrolló con la mayor bizarría, cuya ventaja me proporcionó la de avanzar por el Camino Real directamente al pueblo, en donde se hallaba la masa de la Columna enemiga, compuesta como de unos quinientos hombres de Infantería, adonde me dirigí con toda la fuerza sin titubear un momento, cuyo arrojo atemorizó a sus contrarios, haciéndoles emprender su retirada por el mismo Camino Real de Santander, a los que persiguió los menos tres leguas, habiendo debido su salvación a una densísima niebla que cubrió el horizonte, pues sin esta circunstancia es seguro que hubiesen perecido”⁶⁵.

Disponemos también del despacho enviado por Escalera a Manso y que este remitió a Madrid. Decía:

“Excmo. Sr.: El comandante militar interino de las Merindades de Castilla la Vieja con fecha 20 del actual desde Santander me dice lo siguiente:

‘Excmo. Sr.: Hallándome en persecución del cabecilla Santiago Villalobos con 30 caballos de la Reina y 50 infantes del regimiento de Extremadura al mando del teniente D. Manuel Corripio, según manifesté a V.E. en mi último parte desde Santa Gadea, recibí aviso del teniente coronel

⁶⁵ José María GONZÁLEZ DE ECHÁVARRI, *op. cit.*, p. 141.

D. Juan Echavis⁶⁶, capitán de la compañía de seguridad pública de Santander, de que 300 facciosos habían entrado a las seis de la mañana del 18 en Villarcayo. Inmediatamente le di la orden para que se situase en Soncillo y avisase al teniente de Extremadura D. Esteban Fort, que con 40 hombres de dicho cuerpo se hallaba en Cabañas de Virtus, para que se le reuniese, con el objeto de atacar con esta corta fuerza a la facción al siguiente día; reunidos todos en Soncillo como a las nueve de la mañana, me informó el citado Echavis que la facción, según noticias adquiridas de los trajinantes, ascendía a unos 4.000 hombres.

Sintiéndose ya el fuego de fusilería sobre Villarcayo, dispuse salir por el punto más corto a proteger aquel pueblo. En el momento de emprender mi marcha empecé a distinguir fuertes columnas que veían de aquella dirección, y resuelto a sostener el honor de mi columna, dispuse desplegar dos guerrillas de infantería a las órdenes del teniente Fort y del sargento Álvarez, y una de caballería a las órdenes del cabo Juan Francisco Marcoleta, las que fueron cargadas por fuerzas tan superiores, que conociendo la imposibilidad de sostenerme con una fuerza tan pequeña de 140 infantes y 30 caballos, mandé replegar las guerrillas y emprender un movimiento retrogrado hacia el puerto del Escudo, consiguiendo, no sin grandes dificultades, penetrar en las gargantas del valle de Toranzo, en donde ya se hacían inútiles sus grandes masas, pues por más de cuatro leguas fui constantemente atacado por todos lados.

En tales circunstancias, persuadiéndome que el objeto de la facción, por la tenacidad que demostraba en perseguirme, sería el apoderarse por medio de una marcha forzada de la ciudad de Santander, la que sabía hallarse en aquel momento sin más fuerza que su Milicia urbana, determiné continuar mi movimiento hacia ella, adonde llegué el 20 a las nueve de la mañana, después de una penosa marcha de 18 leguas, sin que los enemigos hayan pasado del valle de Toranzo y según avisos parece están situados entre éste y el de Carriedo, en el sitio llamado del río Gómez, extendien-

66 Mazarrasa, como hemos visto y creemos que acertadamente, le llama Chávarri.

do algunas partidas a los pueblos inmediatos; consistiendo sus fuerza en 2.500 hombres al mando de varios cabecillas, como Cástor, Sanz, Garbira⁶⁷, Arroyo y otros, según partes contestes.

No puedo menos de recomendar a V.E. los oficiales y tropa de la columna, pues todos se han llenado su deber, manifestando una serenidad sin igual en los momentos en que los enemigos mostraron más empeño en envolvernos, teniendo el sentimiento de haber perdido cinco muertos o prisioneros de las partidas de Extremadura, y un muerto y un herido de la compañía de seguridad de ésta y 9 caballos también heridos, entre ellos el del teniente coronel graduado D. E. de Sotomayor, comandante de la fuerza de caballería. Tan pronto como la tropa se halle habilitada dispondré mi salida para los puntos de Reinosa o Soncillo, a fin de continuar operando con arreglo a las instrucciones que tengo de V.E.’.

Lo que traslado a V.E., no pudiendo menos de recomendar muy particularmente el mérito que ha contraído este coronel y demás individuos de su columna en tan honrosa jornada, cargada por fuerzas diez veces mayores, a fin de que dando cuenta a S.M., si lo tuviese a bien, se digne acordarles las gracias que sean de su soberano agrado. Dios guarde... Cuartel general de Villarcayo, 24 de Septiembre de 1834.

José Manso.

Excmo. Sr.: Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra⁶⁸.

El historiador y editor cántabro Ramón Villegas recoge varios de los despachos que se publicaron sobre la situación vivida en la capital montañesa ante el anuncio del posible ataque carlista, entre ellos el que nos informa que:

“A las dos y media de la mañana del 20 recibió el Sr. Brigadier D. Juan Antonio Tornos, Comandante de armas de

67 Víctor Garviras Monroy.

68 *Gaceta de Madrid* nº 227 (lunes, 29 de septiembre de 1834).

esta Ciudad [Santander], un parte verbal que los facciosos en número de 4.000 hombres, a las órdenes de Cuevillas⁶⁹, Andéchaga, Sopolana, Sanz, Villalobos⁷⁰ y otros cabecillas, habían penetrado en la Provincia por el camino del Escudo, cargando a la pequeña columna, que al mando del Coronel D. Fermín Escalera, venía en retirada desde Soncillo...⁷¹.

El documento recogido por Villegas sigue narrando la reacción de los santanderinos, para cuyo conocimiento nosotros hemos preferido, aunque los hechos descritos sean los mismos, copiar el despacho del mariscal Juan Antonio Tornos-Santa Clara y Cajigal según fue publicado en la *Gaceta*, incluido el preámbulo de la dirección de esta publicación oficial:

“La fiel ciudad de Santander, su guarnición, su Milicia urbana, los buques y fuerza de marina que se hallaban en su puerto mostraron a tal punto su empeño por sostener los derechos de nuestra augusta REINA en el momento imprevisto de encaminarse hacia dicha ciudad la facción, que batida dos veces ha sido arrojada de Castilla, que S.M. se ha dignado resolver se manifieste a cuantos tuvieron parte en aquella noble resolución el particular aprecio que le merecen publicando los partes siguientes:

69 Cuevillas, era brigadier carlista con antigüedad de 10 octubre de 1833 y mandó el llamado Ejército Real de La Rioja al comienzo de la guerra. Se dirigió a Portugal tras la derrota castellano-riojana de noviembre de ese mismo año, siendo ascendido por D. Carlos a mariscal de campo con antigüedad de 18 de noviembre. Regresó en marzo de 1834 a Castilla junto con el cura Merino y sabemos que ya en el mes de mayo se había unido a Zumalacárregui. ¿Estuvo entre los jefes sin mando agregados a la expedición? Era mariscal de campo y Sanz solamente brigadier, pero ya hemos visto que en el mismo caso se encontraba Mazarrasa, aunque nosotros nos inclinamos a pensar que no, pues acababa de fracasar al frente de otra expedición planeada para que saliese de forma simultánea a la de Sanz. Y al igual que ella, llevaba dos batallones alaveses (1º y 2º) y varias compañías castellanas. Durante la noche del 8 al 9 de septiembre salvaron el Ebro por el vado de Revenga, cerca de Haro, pero atacados y derrotados en La Molina del Portillo del Busto se vieron obligados a regresar, repasando el Ebro por Trespaderne el 12 de septiembre.

70 Son dos los jefes carlistas castellanos que conocemos apellidados Villalobos. Santiago Villalobos Rozas, cántabro, coronel de caballería en la época de la expedición (ascendería a brigadier en 1836 y moriría ese mismo año, el 30 de septiembre, durante la toma de Córdoba por los expedicionarios mandados por el general Miguel Gómez Damas), que no creemos que figuraba entre los jefes agregados a la Junta de Castilla. Sí estuvo entre los expedicionarios, como 2º jefe del cuadro de oficiales, el teniente coronel palentino Antonio Villalobos Villalobos.

71 Ramón VILLEGAS LÓPEZ, *La I Guerra Carlista en la comarca del Pas-Pisueña (1833-1839)*, Torrelavega (Cantabria): Librucos, 2012, p.73.

‘Comandancia de las armas de Santander:

Excmo. Sr.: Mi ignorancia del punto en que se encuentra el capitán general de esta provincia, me obliga a elevar al conocimiento de S.M. la REINA Gobernadora directamente el parte que le dirijo en esta fecha.

Excmo. Sr.: A la una y media de la madrugada del día 20 del corriente me dio aviso el comandante de infantería D. Felipe Arce que la columna del mando del coronel D. Fermín Escalera se dirigía a esta ciudad, perseguida por la facción de Cástor y demás cabecillas, en número según se creía de 3 a 4 mil hombres.

En el momento mandé tocar generala; y avistándome con el gobernador civil de la provincia me dirigí a las casas consistoriales, y reunido el batallón de Urbanos de esta ciudad, le ofrecí a viva voz que solo por encima de mi cadáver pudieran entrar los enemigos de la REINA nuestra Señora en esta ciudad, lo que produjo el mayor entusiasmo. Cuantos partes recibíamos el gobernador civil y yo, no dejaban duda de que la facción era numerosa; pero a las tres de la madrugada nos hallábamos ya bien dispuestos a defender esta ciudad clásica por su fidelidad a nuestra inocente legitima REINA, concurriendo todas las autoridades, corporaciones, jefes y oficiales de todas armas a porfía a auxiliarme en todos sentidos; así como el brigadier D. Melitón Pérez del Camino, comandante en jefe de las fuerzas de mar de este puerto, hizo desembarcar 110 hombres de marina con sus correspondientes oficiales; me ofreció guarnecer la batería de S. Martín, y armó lanchas para obstruir el camino real en el punto de Campogiro, haciendo además acoderar un bergantín para batir las alturas que dominan esta ciudad, en caso de que las ocupasen los enemigos. Una hora antes de amanecer estábamos ya en disposición de escarmentar cuantas hordas de salteadores pudiesen acercarse a esta ciudad. Cuyo ayuntamiento y batallón de Urbanos nada nos han dejado que desear al gobernador civil y a mí, asistiéndonos todos los beneméritos regidores a porfía en cuanto nos ocurría. El comandante de marina de esta provincia concurrió a prestarnos cuantos

auxilios le pedimos; así como el intendente de Rentas me ofreció la fuerza de los resguardos en el momento que la necesitase.

Mi primera atención para evitar la confusión, causa primordial las más veces de las desgracias, fue la asignación del puesto que cada uno debía ocupar, lo que lleno completamente la orden de la plaza de aquella mañana, y fue consecuencia de una junta de guerra compuesta de todos jefes, celebrada en las mismas casas consistoriales, tan luego como dicté las primeras y más importantes medidas. En medio de la declaración de estar invadida esta ciudad del cólera morbo por la autoridad correspondiente, ha subsistido esta población inimitable dos días con sus noches con las armas en la mano, sin oírse más que viva ISABEL II, viva su excelsa Madre la REINA Gobernadora. A la tercera noche di algún descanso con grandes precauciones, y tres puestos avanzados de infantería y caballería, porque la facción ha permanecido en los valles de Carriedo y Toranzo, que se resentirán por mucho tiempo de su presencia”⁷².

El siguiente parte que se anuncia en el preámbulo que acabamos de copiar, y publicado a continuación, es el enviado por el brigadier Melitón Pérez del Camino y Llarena, remitido desde el bergantín Guadalete, pero que dado que solamente habla de la intervención de la Armada en los preparativos de la defensa de Santander, nos ha parecido innecesario reproducirlo. Mejor es seguir a los expedicionarios, que nunca se plantearon seriamente marchar sobre la capital montañesa. Relata Mazarrasa la marcha de la columna hasta Ontaneda⁷³, pueblo del valle de Toranzo, al que llegaron a las 8:00 de la noche del día 19 sin tan siquiera haber hecho un solo descanso. Y confiesa el general cántabro que:

“Los robos y saqueos que hizo la tropa de la brigada de Andéchaga en todas las casas y pueblos que halló a orilla del camino real, sin la menor atención y respeto a sus oficiales, jefes y generales, fue cosa escandalosa y pocas veces vista; y es cosa constante que siguiendo así en todo el resto del

⁷² *Gaceta de Madrid* nº 228 (martes, 30 de septiembre de 1834).

⁷³ A 30 km, en vía recta, hasta Santander.

país⁷⁴, nuestro descredito hubiera llegado a lo sumo y acaso aún cuando estaba en buen sentido se hubiera sublevado contra nosotros. Los mismos Jefes obraban en contra de la empresa, despojando a la Junta de todos los recursos del país que por fortuna no eran pocos, pues Andéchaga, que llevaba la vanguardia, no se descuidaba de destacar partidas que recogían del pueblo no poca cantidad de fusiles, municiones y caballos que luego se apropiaban, al paso que Sopolana cobraba para sí aduanas y el caído de los estancos y demás contribuciones, sin que el Presidente se atreviese a reclamarlo. Los mismos Urbanos entregaban voluntariamente sus fusiles y municiones, y la juventud se hallaba muy dispuesta a engrosar nuestras filas, si la falta total de municiones y la indisciplina de las tropas auxiliares no hubieran hecho la empresa casi imposible. Con los fusiles que el Presidente pudo recoger se acabaron de armar a los soldados que aún no lo estaban, que entre todos componían ciento treinta. Luego que se tomó alojamiento en Ontaneda se presentó Sopolana en el del Presidente para decirle que la empresa no podía continuarse; que él personalmente le acompañaría a donde quisiese pero que no podía responder de que su tropa sin municiones y sin comer le siguiese. La celeridad de las marchas no daba lugar a la reunión de raciones, y hubo de haber en esto alguna falta que acaso se exageró demasiado por los jefes auxiliares para cohonestar los desórdenes de su tropa; pero en gran parte estos mismos desórdenes ocasionaban la falta, pues arrebatando al soldado las panaderías en el horno mismo el pan destinado a la ración, no era fácil completar nunca los pedidos de la Justicia. El Presidente rehusaba volver a la Vizcaya y aseguraba que por ningún término volvería; mas los jefes expedicionarios llevaban la contraria y la falta casi total de municiones les hacían prevalecer en su opinión; y esto vino a acordarse en una junta que se celebró por el caso⁷⁵.

No podemos seguir adelante sin hacer algunos comentarios. Lo primero que debemos subrayar es que Mazarrasa siempre fue uno de los generales más crí-

⁷⁴ Se refiere a la provincia o comunidad de Cantabria, el país en el que se encontraban, entendiéndose que dicho término no tenía entonces una connotación política.

⁷⁵ Fermín de SOJO, *op. cit.*, p. 127 a 128.

ticos con el sistema de expediciones, como se empeña en dejar claro a lo largo de su *Diario*. Segundo, estamos hablando de un solo día de marcha, por lo que los desmanes, que no dudamos, no pudieron ser muchos si además no se hizo ni un solo descanso. Tercero, sabemos por lo dicho por el propio Mazarrasa que en la retirada de Cigüenza se habían perdido las brigadas, por lo que la falta de avituallamientos de todo tipo que sufría la tropa no puede ser discutible, incluso el que pasaran hambre, sobre todo cuando aquel día habían andado cerca de 60 km, varios de ellos de ascensión al puerto del Escudo. Cuarto, podríamos criticar que las exacciones se hubieran hecho de forma indiscriminada sin respetar a los simpatizantes de la causa y sin que revirtiesen en los castellanos de la expedición como insinúa Mazarrasa, aunque luego se contradice al decir que se pudo armar a todos los soldados de su compañía. Y quinto, es indudable que la presencia de tropas obligadas a aprovisionarse sobre la marcha debía ser, como mínimo, algo molesto a cualquier pueblo, independientemente que las exigencias de los soldados fuesen indiscriminadas, abusivas o incluso violentas, lo que necesariamente solo podía agravar una situación ya de por sí incomoda. Vivanco no habla del tema, solamente anota que se siguió “la marcha aquel día hasta el pueblo de Ontaneda, en donde pernoctaron”.

RETIRADA DE LA EXPEDICIÓN HACIA LAS PROVINCIAS

En dicha población cántabra, cuenta Vivanco que supo que:

“(…) en el alojamiento del Brigadier Sanz hubo junta bastante larga, sin duda, por los efectos, se acordó la vuelta a las Provincias Vascongadas, puesto que al amanecer del 20 dejaron el camino de Santander y tomaron por los altos del valle de Toranzo a los de Villacarriedo y el de Pas, pernoctando el 20 en el de Villacarriedo, el 21 en la villa de Pas, en donde volvió a repetirse la junta, en la que se resolvió, según los efectos, definitivamente la vuelta a las Provincias Vascongadas, todo esto sin contar para nada con Vivanco (por lo que estaba como Quevedo⁷⁶), el que seguía a donde veía marchaba la cabeza, que era Sanz”⁷⁷.

Mazarrasa, como siempre, es más riguroso en su narración y dejó anotado que al amanecer del día 20:

⁷⁶ Imaginamos que se refiere a la frase de Francisco de Quevedo: “Si quieres que te sigan las mujeres, ponte delante”

⁷⁷ José María GONZÁLEZ DE ECHÁVARRI, *op. cit.*, p. 142.

“(…) se emprendió la marcha de toda la tropa pasando el río Pas por Ontaneda mismo a Vejoris, y dirigiéndose por lo alto de los montes a Selaya. Tomó la vanguardia Andéchaga, según costumbre, yendo también en ella el comandante don José Arroyo⁷⁸ por orden del Presidente y el vocal don Juan Sarasúa. A la brigada de Andéchaga siguió la de Sopelana y a ésta la partida de castellanos. Cuando ya los primeros habían doblado la cima del monte, mandó el Presidente hacer alto para esperar las raciones pero solo fue obedecido de los castellanos y de la caballería⁷⁹. Los demás no pararon hasta Selaya donde trataron de racionarse por sí mismos. Los castellanos y el Presidente con la caballería recibieron en el monte con exceso las raciones de pan, vino y bacalao, en lugar de carne, y continuando su marcha a Selaya se incorporó allí con los demás e hicieron descanso hasta otro día, y aunque de paso se mandaron recorrer algunos pueblos del valle de Carriedo para recolección de armas, etc.

Al amanecer [del día 21] se emprendió la marcha para la Vega de Pas a donde llegaron los batallones a las ocho poco más o menos; se hicieron pabellones de armas y solo para los jefes y oficiales se buscó alojamiento. A media tarde se le dio la orden a Andéchaga para que se continuase a San Roque [de Riomiera] con dirección al valle de Soba, donde se creía que podría permanecer y al momento la puso en ejecución, habiendo andado toda la noche. Se decía ya si se hallaba en Espinosa de los Monteros la columna perseguidora⁸⁰.

Independientemente de si los expedicionarios pernoctaron en Villacarriedo o en Selaya la noche del 20 al 21, pues posiblemente se repartieron entre ambas poblaciones, parece claro que el cambio de dirección que se produjo a media tarde del día 21, solamente se explica tras la junta que dice Vivanco que tuvo lugar en Vega de Pas y posiblemente propiciada por las noticias que debieron llegarles de los movimientos de las columnas cristinas. Es más difícil de explicar la dirección que se describe en la narración de Vivanco, quien nos cuenta que:

⁷⁸ José María Arroyo García, burgalés. Mariscal de campo carlista desde el 24 de agosto de 1837.

⁷⁹ Puesto que no figura ninguna unidad de caballería en la composición de la división expedicionaria, hemos de pensar que se refiere a la unidad que formaban los jefes y oficiales agregados a la misma.

⁸⁰ Fermín de SOJO, *op. cit.*, p. 128.

“Después de haber atravesado los montes y praderas pasiegas, en un barranco donde hay tres o cuatro casas correspondientes a San Pedro del Romeral, se le acercó Sanz a Vivanco y le dijo: ‘Qué le parece a usted esto?’. A lo que le contestó Vivanco: ‘Muy mal, puesto que la voluntad de S.M. no es ni puede ser esta’. A lo que respondió Sanz: ‘Yo pienso, aunque tarde, lo mismo que usted’. De cuya conversación resultó variar de pensamiento y mandar que se tomara otro camino hacia la Marina; pero todavía no habían andado un tiro de fusil cuando se armó en la cabeza de la Columna un terrible alboroto: ‘¡Ahí están los enemigos!’; con lo que se contramarchó y se volvió a continuar la marcha a las provincias.

Aunque ya con muchas penas, en razón a la persecución continuada marchando por un terreno tan desigual, que aún era muy difícil el tránsito para la Infantería, siguieron marchando acosados de todo género de desgracias y a las nueve de la noche llegaron a un pueblo llamado Arredondo, en donde creían hallar algún auxilio y descanso, y cuál fue su sorpresa al oír a distancia de tiro de fusil cornetas de las Compañías de Cazadores que los perseguían, sorpresa que produjo una nueva y terrible consternación en los corazones de los afligidos Voluntarios. Muertos de cansancio y de necesidad, sin embargo, animados por Vivanco y por algún otro buen Oficial, variaron de dirección, y después de un sinnúmero de vueltas por peñascos inaccesibles, llegaron al día siguiente a la villa de Armero [Arnuero], cerca de la plaza de Santoña (...)”⁸¹.

De ser cierta la versión de Vivanco y no hay motivo para que mintiese, independientemente de la literalidad de su conversación con Sanz, supondría que desde Vega de Pas no se emprendió la marcha hacia San Roque de Riomiera, sino que se continuó dirección sur hasta San Pedro del Romeral y que solamente el aviso de la cercanía de una columna cristina en Espinosa de los Monteros, es decir, a menos de 30 km, les hizo contramarchar dirección noroeste, atribuyendo Mazarrasa a un plan anticipado lo que solamente fue producto de las circunstancias. En cualquier caso, veamos lo que cuenta el general cántabro sobre lo sucedido el día 22:

81 José María GONZÁLEZ DE ECHÁVARRI, *op. cit.*, p. 142 a 143.

“Emprendió la marcha muy temprano el resto de la División castellana⁸² por el mismo camino de San Roque donde volvió a reunirse con Andéchaga, y para racionarse se hizo un alto a la villa de Río Miera⁸³, hasta las cuatro de la tarde. A esta hora se emprendió la marcha río abajo para evitar con algún rodeo la aspereza de los caminos que nos habían de guiar a Arredondo. Andéchaga, que debía ir a Soba, la emprendió por lo más áspero dos horas antes, pero habiendo sabido por el camino que el enemigo había entrado en Soba, declinó también a Arredondo. La columna principal tampoco pudo seguir el camino que había emprendido río abajo. Habiendo adquirido noticia de enemigos por el camino que llevaba, retrocedió para tomar el que había llevado Andéchaga. Fue la causa sin duda el regimiento de Laredo⁸⁴ que aquel día, saliendo de su capital o pueblos inmediatos se dirigió por las alturas del valle de Aras a presentársenos por la parte de Miera alguna oposición. Entre las ocho y las nueve de la noche pudo llegar Andéchaga a las inmediaciones de Arredondo, en donde oyó ruido de tambores y cornetas y aun le dijeron que había entrado tropas que no se podía dudar era enemiga. En consecuencia mandó retroceder a tiempo que ya empezaba a llegar el resto de la expedición. En Bustablado ordenó de nuevo su marcha, y tomando la dirección por las alturas del Valle de Aras se encaminó hacia Ampuero”⁸⁵.

La distancia en línea recta entre Arredondo y Ampuero es de apenas 17 km pero por un camino extremadamente duro y que los expedicionarios debieron de hacer después de haber contramarchado hasta Bustablado, donde se reorganizaron, sin más que un breve descanso desde las 4 de la tarde del día 22 andando toda la noche para llegar bien entrada la mañana del 23 a Ampuero. Mazarrasa cuenta así aquella marcha:

“La aspereza de los caminos, oscuridad de la noche y la continuada marcha que ya había producido algunas desgracias, hizo necesario un alto de cerca de dos horas hasta que anunciándose ya la mañana se siguió la marcha. Bajamos al Valle

82 La denomina así por haber marchado a Castilla, no por su composición.

83 Se refiere a Miera, al norte de San Roque.

84 Lo mandaba el coronel Carlos de la Maza Garzón.

85 Fermín de SOJO, *op. cit.*, p. 129.

por Secadura y no hubo detención alguna hasta la misma villa de Ampuero, punto que atravesado por el camino real de La Nestosa era muy sospechoso. Sin embargo era indispensable para allí para herrar los caballos, ya casi generalmente desherrados y para tomar algún descanso y alimento...⁸⁶.

Continúa Mazarrasa su relato diciéndonos que:

“Escogióse un bosque a propósito y dominante para situar la tropa fuera de poblado, y se hizo en la villa una mansión de seis horas. A las cuatro de la tarde ya se dijo si venía tropa por la parte de Limpias; de todos modos era ya hora de romper la marcha y se ejecutó con dirección a Carranza, pero no se hubo andado un tiro de fusil cuando se notó que venía la columna perseguidora por el mismo camino. Se empezó a variar de dirección sobre la izquierda y antes de llegar a una arroyada que debía pasarse, ya los enemigos rompieron su fuego sobre nosotros, sin la menos oposición, y fue tanto el tropel de gente de a pie y de a caballo que se agolpó de pronto al paso del arroyo que, detenidos unos con otros fue mucha fortuna que el enemigo no llegase a mezclarse con los expedicionarios. Pasada esta angostura empezaron a cubrir nuestras tropas la altura opuesta y disparar sobre el enemigo alguno que otro tiro, pero nadie fio su seguridad sino a los pies, Los enemigos siguieron al alcance algún tanto, en el que debieron recoger muchos cansados, y entre ellos a don Juan Goyeneche, que hacía funciones de Intendente, el cual no ha aparecido desde entonces. En esta segunda sorpresa no se halló la partida de los ciento treinta castellanos. El comandante don José de Arroyo le pidió al Señor Presidente le permitiese quedarse con ellos en la Vega de Pas, con ánimo de pasar a San Pedro y figurar en la Provincia a manera de una guerrilla armada, cuyo permiso obtuvo y con él se quedaron bastantes oficiales de infantería y caballería que seguían la expedición. Siguió ésta su marcha por el camino de Trucios hasta muy entrada la noche y en donde pareció conveniente se hicieron algunos altos para dar descanso a la tropa⁸⁷.

86 *Ibidem*, p. 129.

87 *Ibidem*, p. 129 a 130.

Vivanco aprovecha su narración, como siempre, para atribuirse el mérito de la salvación de los expedicionarios y también para cargar contra Andéchaga, a quien según él,

“(…) le habían encargado por ser práctico del terreno dirigiese la marcha hasta colocar la gente en punto ya seguro, le mandó un recado [a Vivanco] para que pusiera a su disposición cuatro o seis caballos para colocarlos avanzados; le contestó que no los tenía, y así procurase cubrir el punto o puntos del mejor modo que le fuera posible.

Sin embargo los dejó descubiertos; pues a las dos horas de estar en el pueblo y ya habiendo dado principio a marchar, se encontraron con los enemigos a la salida de la población; descuido que, sin embargo de haber advertido Vivanco a Cástor que era preciso reunión y orden, cometiendo otro yerro todavía mayor que el que acababa de cometer, dejando los puntos descubiertos, hizo a la tropa con la mano señal de dispersión, marcándoles la dirección de Vizcaya, y sin más contestaciones, echó a escape en unión de Sopolana, abandonándolo todo en tales términos, que los Voluntarios le dijeron varias veces a Vivanco: ‘Señor Jefe, si quiere usted haremos fuego a esos cobardes que nos han comprometido y dejado a mercede de nuestros enemigos’.

Viendo Vivanco tan extraordinario desorden, en medio de los peligros que por todas partes le rodeaban, redobló sus esfuerzos para contener a los enemigos del Rey y salvar sus defensores, como lo consiguió en la mayor parte, puesto que los dos Jefes indicados no pararon hasta que se consideraron seguros del peligro. Lleno de todas las penas imaginables, llegaron sin dejar de ser perseguidos a las inmediaciones de Sopena, y sin haber descansado sino muy poco, volvieron a seguir la marcha, y al amanecer cayeron los enemigos sobre ellos, y llenos de penas, llegaron aquel día al pueblo de Luyando, desde donde pasaron a la villa de Orozco (...)”⁸⁸.

88 José María GONZÁLEZ DE ECHÁVARRI, *op. cit.*, p. 143.

Fermín Iriarte, lógicamente, dio también su versión de lo sucedido, que anticipó el mismo día 23 desde Ampuero según parte del capitán general de Castilla la Vieja a Madrid:

“Excmo. Sr.: El comandante general de la provincia de Santander, con fecha 23 del actual, desde Ampuero, me dice lo siguiente:

‘Excmo. Sr.: Habiendo sabido a las ocho y media de la mañana en Arredondo que la facción regresaba a Vizcaya por el valle de Aras, emprendí la marcha con la columna de mi inmediato mando, y habiendo llegado a esta forzando la marcha, he tenido el placer de batirlos completamente; y dispersos en diferentes direcciones, se han retirado hacia las inmensas alturas de las Nubes, dejándose en el campo varios muertos y otros efectos, cuyos detalles remitiré a V.E. apenas reúna los datos. Lo que me apresuro a noticiar a V.E. para su satisfacción, y para que conste que las armas de la REINA vencen con solo presentarse, aunque el enemigo tenga dobles o triples fuerzas’.

Lo que traslado a V.E. para su conocimiento y el de la REINA nuestra Señora, ínterin que el expresado brigadier me envía los detalles, que remitiré sin tardanza a V.E. Dios guarde... Cuartel general de Villarcayo, 24 de Septiembre de 1834.

José Manso.

Excmo. Sr.: Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra”⁸⁹.

Posteriormente ampliado el día 24 y enviado a Madrid por Manso el día 25:

“Excmo. Sr.: El brigadier D. Fermín Iriarte, comandante general de Santander y Encartaciones, me dice desde Ampuero con fecha de ayer lo siguiente.

‘Excmo. Sr.: Según manifesté a V.E. hice una marcha forzada desde Arredondo en poco más de cuatro horas, y

⁸⁹ *Gaceta de Madrid* nº 227 (lunes, 29 de septiembre de 1834).

conseguí dar alcance a la facción en las alturas de este pueblo. Verlos la tropa, y acometerlos animados con el nombre encantador de Viva ISABEL II, todo fue un momento; aturrida la facción echó a huir por las inmensas alturas de las Nubes, dejando en el campo 9 muertos, entre ellos un oficial, 2 prisioneros, varios fusiles y una caja de guerra, 12 caballos y mulas, ningún equipaje, pues que lo perdieron todo en la acción del 19 en Cigüenza, y llevándose según los rastros de la sangre muchísimos heridos. En dicho día, según relación de los prisioneros, murieron el coronel Santiago de las Heras, primer comandante del primer batallón de Álava, Basilio García, comandante de Castilla, y Antonio Aguirre, segundo comandante del 2º batallón de Álava. Todos, todos los individuos que tengo el honor de mandar, son acreedores a que los recomiende por su bizarro comportamiento, y me atrevería a solicitar la cruz de ISABEL II para los cazadores, con la pensionada para el soldado de caballería de la Reina, 2º de línea, Santiago Domínguez, que fue herido en la acción, si V.E. lo tuviese a bien, por si S.M. quiere concederles esta gracia’.

Tengo el mayor gusto en trasladar a V.E. el parte anterior como continuación de las ventajas que ha conseguido el brigadier Iriarte sobre la facción, que osando invadir por cuarta vez Castilla, ha vuelto como siempre derrotada a las provincias Vascongadas, sin conseguir más ventajas que el feroz placer de incendiar la mayor parte de esta villa, cuya defensa y civismo de los naturales toca a lo heroico, según tengo manifestado a V.E. anteriormente con aturdimiento de los mismo enemigos; debiendo añadir no ser extraño que los prisioneros hechos por Iriarte en Ampuero hayan creído muerto a Basilio, pues que en la dispersión de Cigüenza el 19 se separó de la facción, dirigiéndose a Álava. Murió sí aquí el jefe faccioso Las Heras, que era de consideración entre sus compañeros. Últimamente, apoyo la recomendación del brigadier Iriarte, y espero que todo se servirá V.E. dar conocimiento a S.M. para su satisfacción”⁹⁰.

⁹⁰ *Gaceta de Madrid* nº 228 (martes, 30 de septiembre de 1834).

Mazarrasa recoge como a lo largo de toda la noche los hombres fueron internándose en el vizcaíno valle de Trucios, “pasando de largo”, lo que interpretamos por lo que dice a continuación, como que no se detuvieron en el barrio principal de los que conforman su ayuntamiento, es decir La Iglesia, no deteniéndose “hasta llegar hasta un pueblo una legua antes de llegar a Sopusuerta”⁹¹, que imaginamos sería una de las barriadas menores del valle, Pando o Romaña. Anota el general cántabro que:

“(…) allí se hizo alto y se esperó hasta la salida del sol [día 24], y aun casi se hallaban los jefes dispuestos a esperar algunas raciones que habían pedido, pero estando tan próximo el camino real de Valmaseda a Castro, se tuvo por mejor atravesarle cuanto antes que exponerse a una nueva aparición de enemigos; y más por la dirección de los jefes que por orden del Presidente se rompió la marcha, sin dejarla hasta San Miguel de Galdames donde se hicieron pabellones de armas y un muy breve descanso, por cierto rumor de enemigos que ya se decían en Sopusuerta. El general Mazarrasa, el coronel Bárcena y algunos otros montaron a caballo, rompieron su marcha un poco antes del Presidente que ya se disponía a seguirles, pero separados de él en este punto nunca más le volvieron a hallar en el resto de la retirada. La tropa la emprendió muy luego, y con tal precipitación que antes de llegar a San Pedro ya la infantería había ganado la delantera a toda la gente de a caballo. Hubo sus dudas si tomar el camino de Baracaldo o seguir hacia Sodupe, pero al fin eligieron este camino y en él llamados por la retaguardia hicieron alto.

Mazarrasa y los de a caballo siguieron a Sodupe para pasar antes que el enemigo pudiese impedirlo y se dirigieron a San Román, parroquia de Oquendojena a donde llegaron a cosa de las cuatro de la tarde y descansaron hasta el día siguiente”⁹².

Recordemos que Vivanco decía que pasado Sopusuerta prosiguieron la marcha tras un poco de descanso, y que al amanecer del día 24 “cayeron los enemigos sobre ellos, y llenos de penas, llegaron aquel día al pueblo de Luyando, des-

91 Fermín de SOJO, *op. cit.*, p. 130.

92 *Ibidem*, p. 130.

de donde pasaron a la villa de Orozco”. Y acabamos de leer como Mazarrasa reconoce que antes de llegar a San Pedro Galdames, situado entre Sodupe y Sodupe, ya se habían separado caballería e infantería, pareciendo deducirse de ambos relatos que mientras la caballería siguió camino hacia Sodupe, la infantería marchó a Luyando, reuniéndose todos al día siguiente, día 25, en Orozco. Ya separados, la infantería que debía marchar con Sanz fue alcanzada nuevamente, tal vez por la columna del coronel Quintana, como dice Vivanco o tal vez no fue así y solamente dramatiza la situación. La verdad es que los partes cristinos ya no nos aclaran la situación, solamente el remitido por Manso a Madrid días después, nos permite deducir que José María Arroyo con los castellanos se había dirigido hacia Valderredible, teatro habitual de las correrías de aquel jefe burgalés. Decía la noticia aparecida en la *Gaceta*:

“El mismo capitán general añade que el coronel Escalera había vuelto a Soncillo, de donde le daba parte con igual fecha del 24, de que algunos facciosos se habían dirigido hacia Valderredible, en cuya virtud dispuso dicho general la marcha hacia aquel punto del batallón de Castilla; así como mandó al brigadier Bedoya⁹³ seguir a Villasante con la columna de su mando para dirigirse a las Encartaciones, hacia donde había mandado al coronel Quintana, encaminándose a Sodupe”⁹⁴.

Por ese mismo número de la *Gaceta* nos enterábamos que algunos de los grupos autóctonos que se sostenían en la montaña, perseguidos, se reunirían con Arroyo, por lo que habremos de deducir que, aparte de para asustar a los santanderinos, para algo había servido la expedición. Decía el despacho publicado:

“Excmo. Sr.: El comandante militar de Medina de Pomar me dice con fecha de ayer lo que sigue:

‘Excmo. Sr.: El comandante del destacamento de Espinosa de los Monteros me da parte de que ha batido y dispersado todos facciosos de aquellas inmediaciones; que ha herido al cabecilla Trápaga gravemente y otro más, de cuyas resultas se han ido a reunir al cabecilla Arroyo; que tiene esperanzas de coger los dos heridos, pues se hallan en Sunada [Lunada] curándose. Igualmente me dice que ha salido

⁹³ Ramón Gómez de Bedoya.

⁹⁴ *Gaceta de Madrid* n° 227 (lunes, 29 de septiembre de 1834).

esta mañana de aquella villa la 3ª brigada de operaciones al mando del coronel Quintana para las Encartaciones’.

Lo que traslado a V.E. para su conocimiento y satisfacción de la REINA nuestra Señora, a cuya munificencia recomiendo al citado comandante que desempeña su encargo con particular celo y satisfacción. Dios guarde... Cuartel general de Villarcayo, 24 de Septiembre de 1834.

José Manso.

Excmo. Sr.: Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra”⁹⁵.

En cualquier caso, la Junta de Castilla fue disuelta y respecto a Sanz nos cuenta el padre Risco que:

“(…) al llegar a las provincias, pidió licencia para descansar al lado de su familia, y se le concedió. Entretanto, llovían quejas y más quejas en la Secretaría de Estado Mayor, y Zumalacárregui mandó formar expediente. De resultas de él, fue Sanz desterrado a Francia, donde permaneció hasta la muerte de Zumalacárregui. Sanz tenía muchos amigos en el ministerio de Don Carlos, y el expediente de su causa ‘se extravió’, y Sanz fue llamado a Francia y absuelto sin más examen”⁹⁶.

CONCLUSIONES

Podría parecer que no pudieran extraerse demasiadas consecuencias del mero relato de un hecho tan concreto como el de la expedición Sanz, más allá de las estrictamente militares, que además podrían resumirse en la incapacidad de los jefes que la dirigieron, varios de ellos seguramente excelentes auxiliares, pero por lo que parece perdidos a la hora de afrontar operaciones de cierta envergadura sin la dirección de un jefe suficientemente dotado organizativa y tácticamente.

Sin embargo entendemos que, de alguna forma, muestra la verdadera fisonomía de la guerra en aquellos primeros compases de su desarrollo. La decisión

⁹⁵ *Ibidem*.

⁹⁶ P. Alberto RISCO s. j., *op. cit.*, p. 133 a 134.

y convicción con que actuaron los núcleos liberales de la mayoría de las poblaciones que habían quedado en su campo de acción, reduciendo al silencio e inacción más absolutos a sus vecinos realistas, lo que unido a la improvisación carlista de aquellas fechas determinaría en buena medida el desarrollo posterior de la guerra, al no permitir que los carlistas llegasen a controlar ninguna capital de provincia⁹⁷ a pesar del innegable apoyo que tenían en la mayoría de ellas⁹⁸.

Si además la situamos en el marco de uno de los aspectos tácticos básicos del mando carlista a lo largo de la contienda, como lo fue su constante intento de extender la guerra a otras regiones alejadas de sus núcleos básicos de actividad y la necesidad, cada vez más imperiosa, de rebasar las fronteras de su limitado y esquilmo territorio norteño, podremos reflexionar sobre la verdadera dimensión de su resultado.

Hemos visto como el padre Risco relacionaba la expedición Sanz con unas instrucciones concretas dadas por D. Carlos al respecto y dentro de los planes de Zumalacárregui que no contemplaba que la guerra se prolongase en demasía, sino que pretendía la creación de un ejército lo suficientemente importante en número e instrucción como para, tras someter a sus contrarios a un fuerte desgaste, poder avanzar sobre Madrid y tomando la capital del reino concluir la contienda. La prematura muerte del caudillo guipuzcoano impediría la culminación de una estrategia que más que posiblemente, de no haber fallecido, habría tenido éxito⁹⁹ y de la que formaba parte la existencia de fuertes núcleos de tropas carlistas en Castilla, que habrían de haberle servido de apoyo en su avance. Pero como indicamos, aquella táctica fue más allá de los planes del caudillo guipuzcoano, de hecho los intentos sobre las comarcas castellano-riojanas vecinas fueron anteriores y posteriores a Zumalacárregui.

No es el momento de hacer un recuento exhaustivo de aquellos empeños, pero recordemos que ya al principio de la contienda, concretamente el día 9 de octubre de 1833, el brigadier y jefe de la 6ª brigada vizcaína de realistas José Ramón de Urquijo avanzó al frente de una fuerte columna hasta bloquear Castro-Urdiales y que, aunque no consiguió que su guarnición cediera, extendió el domino carlista hasta el río Asón, excepción hecha de las plazas de Santoña y Laredo convertidas, junto a Castro-Urdiales, en bastiones cristi-

⁹⁷ Una vez perdidas las que inicialmente se controlaron Bilbao, Vitoria y Logroño, o las que se tomaron de forma efímera durante alguna expedición, como Oviedo, León, Palencia, Albacete, Córdoba, Huesca, Segovia o Valladolid.

⁹⁸ Que estos grupos existían e incluso en muchas ocasiones eran los más numerosos lo demuestran, a modo de ejemplo, las reacciones ante la entrada de Gómez en Oviedo, León, Palencia o Córdoba, por solo citar algunas de las capitales a las que llegó.

⁹⁹ El intento de tomar Bilbao fue provocado por la falta de recursos de toda índole que sufría el ejército de Zumalacárregui, que le impedía avanzar con garantías sobre Madrid, esperándose que la caída de la capital vizcaína, tanto por sí misma como por las ayudas internacionales que generaría, paliarían dicha situación.

nos. Desde ese momento, los intentos para hacer extender el dominio de las armas de los defensores de D. Carlos por todo Santander fueron constantes. Lo probaron en sucesivos intentos los cántabros Luis Fernández de Velasco al frente de voluntarios vizcaínos, Ambrosio Ortiz Gordon mandando tropas cántabro-vizcaínas y José de Mazarrasa también al frente de un destacamento cántabro-vizcaíno. Solamente la derrota sufrida por la columna burgo-vizcaína dirigida por Juan Felipe de Ibarrola en Vargas el día 3 de noviembre, cuando avanzaba hacia la ciudad de Santander, puso fin a aquellos primeros esfuerzos. Pero desde entonces no cesaría el mando carlista, con mayor o menor intensidad, en su empeño dominador, que hasta cierto grado siempre ejerció hasta la citada ribera del Asón.

Las principales líneas de avance que entonces se utilizaron, desde Lanestosa en la vizcaína comarca de las Encartaciones y a través del puerto del Escudo desde el burgalés valle de Mena, se repetirían a lo largo de toda la contienda, exactamente como lo hizo la expedición Sanz. De hecho, recordemos que ya antes, concretamente en marzo de ese año, José María Arroyo auxiliado por Pedro de la Bárcena y Pedro Negueruela había intentado otra incursión al corazón de la montaña.

Desde entonces, como decíamos, fueron constantes las expediciones. Santiago Villalobos y José María Arroyo, dirigirían nuevas incursiones a principios de 1835. También lo serían los intentos de crear núcleos más o menos fijos de combate en el interior de la provincia montañesa en base a partidas autóctonas, como las dirigidas por Manuel Cobo o Eustaquio Igual, a las que se dio un jefe superior como lo fue el palentino Antonio Villalobos. Además, la presión sobre las comarcas orientales montañesas, encomendada a Cástor de Andéchaga como jefe de la brigada de Las Encartaciones se haría por momentos intensa, llegando a internarse, a principios de 1835, en el valle de Mena el propio comandante general de Vizcaya, entonces Francisco Benito Eraso. Situación que obligaría al mando cristino a salpicar la zona de guarniciones, como las que se establecieron en Mercadillo de Mena, Villalba de Losa, Balmaseda, Medina de Pomar, Espinosa de los Monteros, etc., y a crear, por decreto de 17 de marzo de 1835, el llamado ejército de Reserva para intentar taponar aquellas puertas de constante entrada de tropas carlistas hacia Castilla. Escenario que se repetía al otro lado de la línea, es decir, en tierras riojanas por donde, paralelas a las reseñadas, se habían colado las expediciones dirigidas por Basilio Antonio García e Ignacio Alonso-Cuevillas, obligando a las columnas estacionadas en Logroño y su entorno a estar en continuo movimiento tratando de cerrar los vados del Ebro que menudean en la zona.

El éxito de las tropas cristinas sería limitado y las incursiones y expediciones no cesarían. Claro está que los logros carlistas también serían escasos. Ciertamente aquella frontera sería bastante permeable pero, independientemente del

continuo paso de carlistas hacia Castilla, el logro del mando carlista se reduciría a que en la comarca de Pinares pudieran sostenerse ocasionalmente Jerónimo Merino o Juan Manuel de Balmseña o que en Valderredible lo hiciera Santiago Villalobos, por citar alguno de los jefes principales, y a que en el puente de Udalla, en las cercanías de Ampuero y en Ramales y Gudarmino, se estableciesen modestos fuertes defendidos por batallones cántabros. Y es aquí a donde queríamos llegar en nuestra reflexión, a reseñar que tanto esfuerzo, tanta sangre de hombres, finalmente se demostraría inútil para estabilizar la guerra en Castilla. El fracaso de la táctica carlista para extenderse más allá del territorio vasco-navarro, en lo que al Norte se refiere, obedece, según nuestro criterio, a haber diseminado su esfuerzo en expediciones escasas de fuerza y/o dirigidas por jefes mediocres. Si se hubiese procedido de otro modo, como demuestra el éxito de Juan Antonio Zaratiegui en 1837, que muy posiblemente de no haber ligado su destino al de la expedición Real, hubiese podido controlar Castilla, tal vez hubiese cambiado la historia de aquella guerra y con ella la de España.